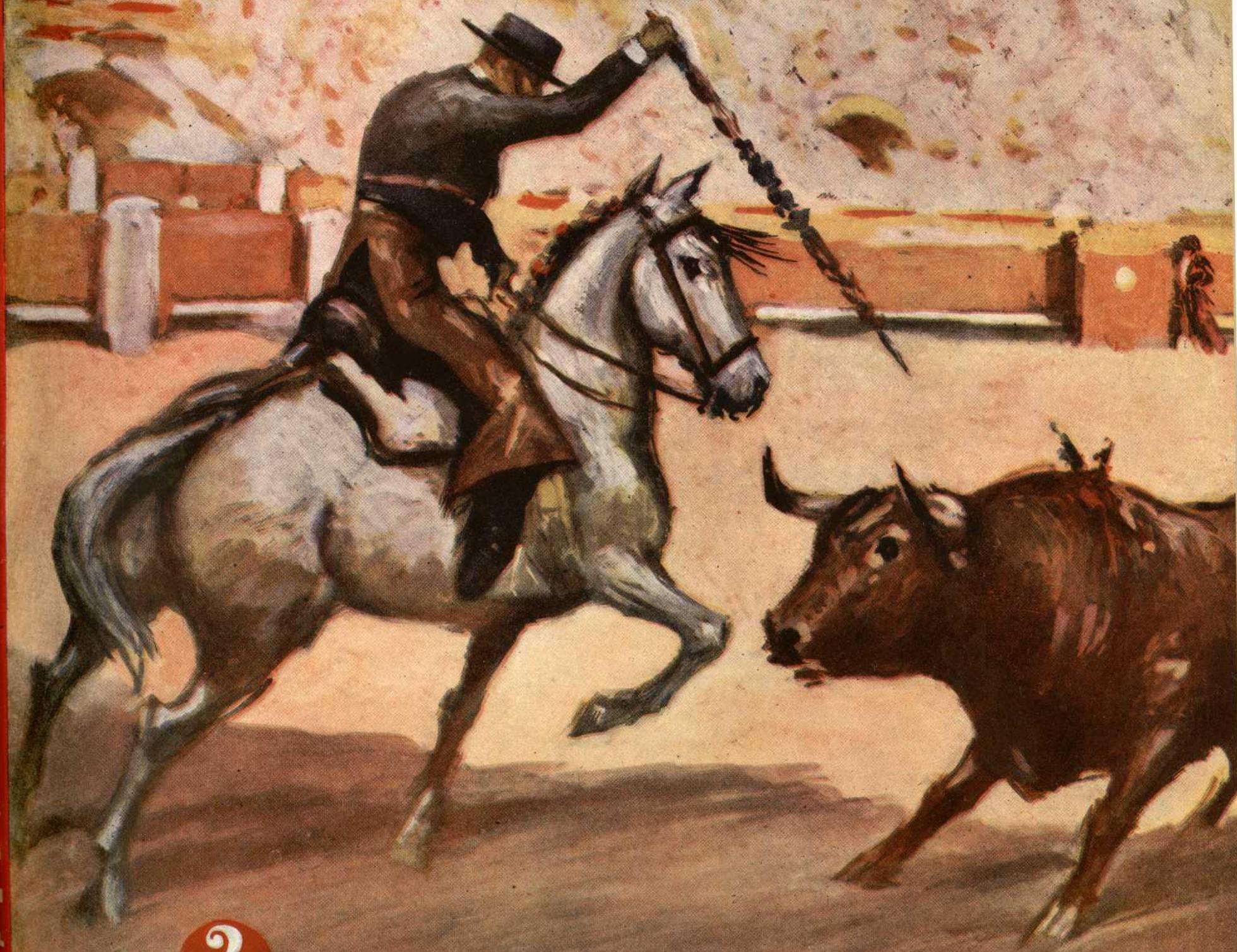


# El Ruedo



2

Ptas.

JAAVEDRA



Rafael Guerra, Guerrita



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA  
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA  
Año III - Madrid, 18 de julio de 1946 - N.º 108



**B**ANDERILLAS en silla!... En un renacimiento esplendoroso del segundo tercio de la lidia, los grandes maestros en el arte bello de clavar rehiletos vuelven la vista atrás y resucitan los lances que han adquirido ya categoría de clásicos.

Banderillas al sesgo, al relance, a topa carnero, a porta gayola, al cambio, al quiebro...—;Oh famosas polémicas del 800 en los ruedos, y de principios de siglo en los periódicos, cuando el Gordito filosofaba en su tertulia de la calle Sierpes, y Antonio Fuentes se gastaba en habanos las rentas de su cortijo de La Coronela!...

El toreo evoluciona hacia una meta estética que no soñaron nunca los viejos lidiadores; pero el proceso aleja un poco de los ruedos esa emoción de dramatismo que tuvo siempre la pelea del hombre con el toro, y le es necesario a la fiesta, como al gigante mitológico, tener de cuando en cuando contacto con la tierra—en este caso con los viejos cánones tradicionales.

Por eso, EL RUEDO, mantenedor y paladín de la belleza de la fiesta, registra jubiloso estas notas del más rancio sabor y la raíz más pura, que devuelven al segundo tercio de la lidia la emoción conjugada de la belleza y el riesgo del dramatismo y la estética...

# PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



**B**IEN claro y diáfano comienza a ofrecerse el horizonte del año taurino en curso, tan traído y llevado por todos. Las Plazas de provincias se llenan u obtienen entradas bonisimas, y a la de Madrid —recientes están los ejemplos— le ocurre otro tanto en cuanto los carteles ofrecen algún interés.

Lo que no puede hacer empresario alguno, a no ser que determinadas circunstancias de ferias o fiestas le garanticen el lleno, es ofrecer carteles flojos, porque así es seguro que, por muy económicos que sean los precios, las entradas sean también flojas, inevitablemente flojas. El ejemplo lo tenemos, sin ir más allá, en el cartel del último domingo. Cada uno de los diestros que lo integraron tienen un indudable derecho a presentarse en la primera plaza del mundo a la busca de unos laureles que no llegaron a obtener, o a reverdecir los que se habían marchitado. Dar estas oportunidades a los toreros que ocupan puestos modestísimos en el escalafón, sólo elogios merece; pero reunirlos de tres en tres o de cuatro en cuatro, para enfrentarlos con toros reprochados por otros diestros que se pueden permitir tal lujo, sólo censuras merece y el castigo —a cargo del público— de obtener entradas tan deficientes que, o no pueden apenas cubrir los gastos, o producen considerables pérdidas.

Cada uno de los diestros que se traen a estos carteles, en otros mejor combinados hallarían, incluso, estimulados por la fama de sus compañeros, muchas más posibilidades de éxito, y el público no los miraría con recelo y hasta les alentaría para salvar las distancias entre los que son y los que quieren ser.

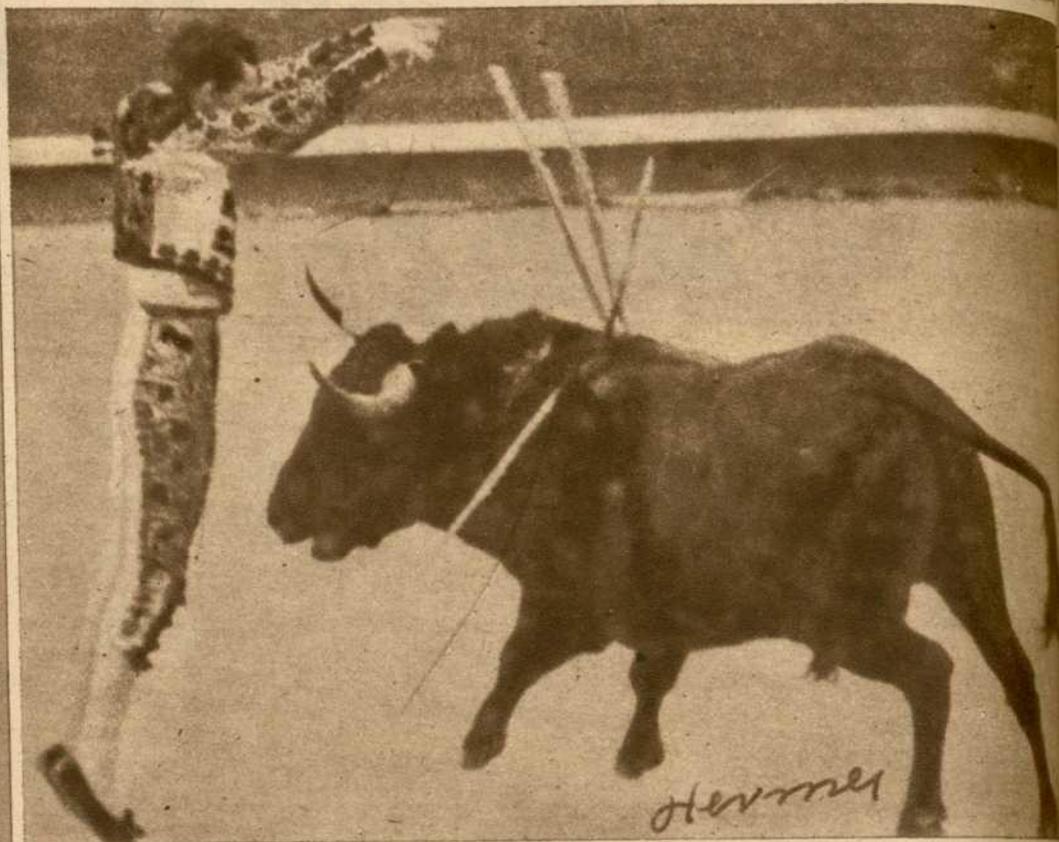
Se dice —ignoro quién hará cundir la especie— que son compromisos adquiridos de inexcusable cumplimiento. Capdevilla ya comentó esto de los compromisos de la Empresa madrileña que él también ha oído. Hacía el comentario en *Arriba*, en su crónica correspondiente a la corrida del domingo, y aseguraba que no lo entendía. Creo que nadie es capaz de entenderlo, y temo mucho que ocurra algo peor: que nadie sea capaz de explicarlo.

Porque los compromisos pueden existir, existirán, sin duda; pero ¿es que están contraídos de forma que hay que cumplirlos todos en tandas de tres en tres o de cuatro en cuatro? A lo largo de una temporada en la que se celebran, por término medio, veinticinco corridas de toros, ¿no se pueden abrir diez o doce huecos para tales compromisos?

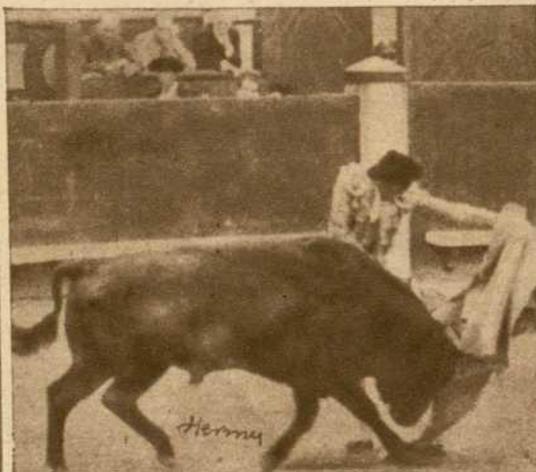
Lo que ocurre es que la Empresa de las Ventas sabe echar por la calle de en medio cuando los compromisos contraídos no le interesan a ella —recuérdense los casos recientes de Antonio Bienvenida y Juanito Belmonte—, aunque al público sí le interesen, y los sostiene cuando le interesan, aunque al público no le interesen.

Los móviles de tanta incongruencia se ignoran por ahora, pero es posible que no se acabe la temporada sin que todos los sepamos.

# La corrida del domingo en las VENTAS



Un gran par de Pepe Dominguín



Aguado de Castro en una verónica



Pepe Dominguín muletea de rodillas



«La Academia Breve de Crítica de Artes, en los toros. Entre Valero y Sánchez Camargo, don Esteban D'Ors aparece en la foto atento a lo que ocurre en el ruedo»

# RESES DE VILLAGODIO, para ESPARTERO DE MEJICO, PEPE DOMINGUIN y AGUADO DE CASTRO



Espartero de Méjico torea en redondo



Los de Villagodio tenían poder...



... Y eran frecuentes las caídas



Valeriano León, Valero, Rafael el Gallo, Gallito y Sánchez Camargo asistieron a la corrida de la Prensa y fueron vistos así por nuestro fotógrafo (Fotos Hermes)

## LA SEMANA EN LAS VENTAS

### LAS DURAS Y LAS MADURAS

EN el toreo, por lo menos en el urgente, no cabe estar a las duras y a las maduras. Hay toreros de unas y de otras. Hay público, mucho público, para las suaves, y público, poco público, para las que no lo son. Hay tardes de jueves para las primeras, y tardes de domingo para las otras. En aquéllas, el momento y la estética del estilismo fácil; en estas, pelea, emoción y la enfermería a la vuelta. En unas se hace a cuatreños el toreo que gusta, y en otras se lian cincoños y se pone la piel en el envite. Apenas existe el denominador común de la misma arena, idénticos aguacillos, los críticos en el graderío y el núcleo de afición que no falta nunca. Mientras las corridas de toros no se adjudiquen por sorteo, las cosas seguirán de esta manera, que no es la de los tiempos de Frascuelo.



La corrida del jueves fué una corrida muy suave, en cuanto al ganado, y muy lucida por parte de los maestros, que se encontraron con tres toros blanducos y dóciles de don Kogelio M. del Córral —uno para cada uno—, y otros tres que mansurronearon algo en varas, y a los que la illojera de remos les restó traqueza en la arrancada. La corrida de Villagodio fué una corrida cuajada, con el sentido que da la edad, y que, lejos de doblar las patas, se dedicó a derribar piqueros con estrépito, en colaboración con la escasa eficacia para detener y agarrarse que tiene el nuevo modelo de puya, si el toro tiene poder y se arranca fuerte. A mí me pareció una corrida brava; pero como la gente da en reclamar vueltas al ruedo para toros cuya bravura está en que han seguido como babosas todas las espirales de las muletas, ya no sé qué decir.

La madura y la dura tuvieron de común el que los peones parearon dos bichos de los doce. ¡Ah! Y que las corridas se hicieron sin remiendos, cosa meritoria para los ganaderos que las enviaron en tipo y en peso. La semana fué magnífica para el segundo tercio, porque en la corrida del Magisterio los espadas dieron un curso de banderillear, meritorio en el joven Dominguin, magnífico en el aguante en Morenito de Talavera, con el mejor par de la tarde a su cargo, quebrado en los medios y completísimo en Pepe Bienvenida, catedrático en la suerte. Pero frente a los Villagodios, además de que el Espartero pareó valiente, Pepe Dominguin estuvo colosal de facultades, gallardía, dominio y precisión. Siete pares a cual mejor adornaron el morrillo de sus toros —¡toros!— en limpio alarde de superación. Hay que remontarse a la presentación de Arruza en la misma Plaza para recordar jornada semejante y para buscar parangón con el tercer par a su primer toro, de frente y llegando a terreno inverosímil.

Y con la tarde de Pepe Dominguin vamos a seguir. Dos vueltas al ruedo y cariñosas ovaciones escoltaron su labor. Como los villagodios no admitían estilismos, su valentía, su poder y su coraje consiguieron el triunfo. Bregó, peleo, se arrimó y mató por lo alto tres toros, sin finuras, que no nacían falta, y sacando rota la taleguita. El Espartero, más limitado y más a merced de los toros, puso mucho valor en sus parones y dió lo que pudo mientras estuvo en la Plaza. Siguió parándose en su segundo toro, y se ganó una cornada; como en su primero, ganó una vuelta al ruedo, que a los valientes no les silban. Mentaremos de paso que silbaron a Aguado de Castro, que su valor fracasó rotundamente. Y como estos toreritos de recientes hornadas creen que saben torear porque tiran líneas con un novillo, no tienen idea de lo que es lidiar.

Los del jueves divertieron más al respetable, decidido a continuar la efemérides triunfal del pasado año. Ya se na dicho cómo los espadas banderillaron sus toros, en común los tres últimos. Luego aprovecharon sus toros suaves para lucirse. Pepe Bienvenida muleteó al natural con alegría, para empalmar redondos, molinetes y atarolados y matar de un pinchazo regular y una entera muy buena, que le valió una gran ovación y la vuelta. Morenito cortó la oreja, porque lanceó muy bien, y en la faena de muleta sacó gran partido de la suavidad del bicho, muleteándole con la mayor quietud y el mejor arte de la tarde, para rematar de media estocada colosalmente puesta, entrando a ley. Y Luis Miguel Dominguin también se ganó la vuelta, porque estuvo valiente, sereno y dominador.

Los tres —Pepe, Morenito y Luis Miguel— estuvieron decorosos en los que no embistieron. Y los tres, más la reminiscencia del público, sacaron al ruedo al ganadero, que estaba de perlas en su asiento. El domingo sólo se aplaudió la presencia del sexto toro. Las duras y las maduras, va se sabe.

EL CACHETERO

## LA CORRIDA VISTA DESDE EL BURLADERO

**"En estos tiempos, el hecho de encerrarse con una corrida cinquera tiene un mérito considerable", comentó Manolo Morán**

**MORENITO DE TALAVERA cree que si "los villagordios" fueron a más, fué causa natural del defectuoso castigo sufrido**



Manolo Morán



Morenito de Talavera

**P**OCOS, muy pocos, aficionados van quedando en la Plaza de Madrid que puedan presumir de solvencia y de autoridad. Las heterogéneas masas de espectadores, ayunos de competencia, se encargan de que prevalezca su criterio a ciencia y paciencia de los verdaderos aficionados.

A esta selecta minoría de auténticos taurófilos pertenecen los amigos en cuya compañía presencié la última corrida lidiada en Madrid.

Don Fausto Yagüe de Andrés, trilogía de labrador, ganadero y contratista del servicio de arrastre de la Plaza, viene presenciando desde 1917 cuantas corridas se celebraron en los cosos, viejo y nuevo, de Madrid.

A su lado, en el burladero ocupado por los mulilleros, Miguel Parejo, siempre de corto y tocado con el cordobés, le sigue en el decanato de servicios a la Empresa. Veintiséis años lleva Parejo en el cargo de mayoral de los predios de la casa.

Con ellos comparte su habitual observatorio don Miguel Ortega, delegado de la autoridad, en el patio de arrastre, que sabe aunar la dignidad del cargo con la bondad más inagotable.

Faltan pocos minutos para que se dé suelta al primero de los villagordios, y la Plaza ofrece desolador aspecto.

Ya está el toro en la arena. Bonito de lámina y bien armado. En los primeros lances el bicho gazapea un poquito, y el matador le duda.

—¡Embarca a ese toro! —grita «un entendido» del graderío al Espartero—. Y el feísimo azteca empapa bien al toro en unos lances de frente por detrás.

—¡Vamos a ver, señor Miguel! ¿Cuánto tiempo lleva esta corrida bajo su custodia? —pregunto al mayoral.

—Desde finales de la temporada pasada. Es una corrida cinquera y bien alimentada. Corrida para toreros muy placeados y sobrados de recursos.

El mejicano, tras una faena valerosa, cobra una estocada, un poco caída, que da fin con el bicho.

En su calidad de veteranos aficionados, pregunto a mis compañeros de localidad qué es lo que más echan de menos en los actuales tiempos.

El patrón de los mulilleros, sin pensarlo mucho, contesta por los dos:

—Los aficionados de nuestra época, lo que más añoramos es el toro con cinco años, bravo y duro, que se arrancaba a los caballos a la velocidad de un exprés. El torero moder-

no, en cambio, ha rebajado casta y ha disminuido el tamaño de los pitones.

—¿No lo dirá usted por el que tenemos delante?

—No es un mal toro, precisamente; pero tampoco tiene la casta que solían sacar los de don Vicente Martínez, Santa Coloma o Parladé.

A todo esto, Pepe Dominguín ha colocado dos pares soberanos.

—¿Por qué lado le ganas?—oigo gritar, angustiado, a un espectador, al ver el terreno tan comprorado desde el cual cita el torero a su enemigo.

Y Pepe nos da elccuentemente su respuesta saliendo limpio por el derecho, después de clavar los palos en todo lo alto. El bicho no ha experimentado todo el castigo que su poder requería, y llega a la muleta recrecido.

Pedro Aparicio sale perseguido, y sin tiempo para hurtar el cuerpo a los pitones, es cogido y volteado. Al pasar el grupo que lo conduce ante nosotros comprobamos la magnitud de la cornada, de la que mana sangre a borbotones.

Aguado de Castro se encuentra con el tercero de la corrida, que ha sacado muchos ples, buena cabeza y se revuelve en un palmo de terreno. Mis compañeros me advierten que un toreo a la antigua sería más eficaz que el empleado por el espada, que suda por todos los poros para deshacerse de su enemigo.

Las primeras noticias que nos llegan de la enfermería confirman la gravedad de la cogida. El herido, por la intensa hemorragia sufrida, estaba muy decaído al iniciarse la laboriosa intervención quirúrgica.

Por si fuera esto poco, el impávido Espartero se ve obligado a distraer la atención de los médicos. Lleva en el muslo izquierdo una cornada de bastante consideración.

La corrida está saliendo con mucho sentido, y el castigo en varas sigue sin ser el adecuado. El público pasa por alto las imperfecciones de la lidia ante la buena voluntad de los toreros. Y renunciando a mi papel de espectador, me traslado a la enfermería para obtener un avance del estado de los heridos.

En el quirófano, los médicos trabajan incansables para ligar músculos y arterias. El banderillero presenta la femoral al descubierto, en una extensión de diez centímetros. La herida llega hasta la cara anterior del muslo por dos trayectorias.

Mientras, el Espartero, taponada su brecha con un venientemente, espera, muy entero y animado, a que le apliquen

la mascarilla anestésica. Derrengado sobre una silla, el picador Pepe Escribano se queja amargamente del batacazo que le acaba de inferir el sexto de la tarde.

Entran en la enfermería los tres hermanos Dominguín, muy afectados por el percance de Aparicio. Al parecer, se trata de un muchacho muy identificado con esta dinastía, y muy apreciado por ella.

Manolo Morán, a quien el mejicano había brindado la muerte del cuarto toro, se lamenta de la cogida sufrida por su amigo.

—Que estos tres toreros se hayan encerrado con una corrida cinquera tiene un mérito considerable. El Espartero salió, como siempre, a jugarse la vida, y su temeridad le ha costado cara.

Los fuertes olores producidos por el éter y el formol hacen difícilmente tolerable la estancia. En uno de los patios, camino ya de la calle, me encuentro con Morenito de Talavera. Comentamos las incidencias de la corrida. Emiliano opina conmigo que los villagordios dieron más sensación de peligro que el que en realidad tenían. Si su casta fué a más, es debido únicamente a cuanto aconteció en los tercios de varas.

# "TOROS, TOROS" Un olvido elocuente.--La buena voz de Pepe Dominguín

ANTES de empezar la corrida del domingo paseábamos por los claustros del coso donde se compran los libros de texto de las almohadillas y se juega a la lotería verbal de los pronósticos. Lo que más llama siempre la atención a los profanos son los cajones donde han llegado los toros (que se parecen mucho, por cierto, a esos vagoncillos de transportar objetos frágiles, vagoncillos que cuando los vemos parados a la puerta de una tienda de loza o de cristalería nos proporcionan unas sorpresas tremendas, como si alguien hubiera tenido el capricho de encargar una res brava a casa).

Ante esos cajones, con ferradas mirillas y respiraderos, cárceles ambulantes y casi increíbles del libre, fiero, fuerte y ágil animal campero, se ha encondolidas consideraciones:

—¡Hay que ver qué angustia la de los bichos enjaulados en ese calabozo estrecho... ¡Es increíble cómo aguantan!... Deben salir reventados.

E indudablemente los de Villagodio, gordos y con puñales, salieron con mataduras y resentidos de los remos. Pero ¡eran toros! Los picadores mostraron ostensiblemente su animadversión hacia las puyas con cazoleta, que siguen en ensayo. Dejemos a los técnicos la opinión debida sobre si impiden la visibilidad, si resaban, si sólo son útiles en determinada colocación... Pero lo cierto es que «dos de a caballo» — como les llamaban los antiguos cronistas — no están conformes con el embudo metálico y pican sin gana y creen que cuando salen fieras de verdad y de peso y de fuerzas, esa puya con freno y tope es una garrambaina.

El toro grande o, si se prefiere, normal, el «toro», no sólo siembra el espanto en el ruedo, sino que eleva la temperatura de la emoción de la corrida. Pasamos de la pantomima a la eterna verdad de la fiesta, aunque en ocasiones sea sensible y dolorosa. Así, por ejemplo, con ocasión de la cogida de ese valeroso peón a quien la fiera no quiso respetar ni al abrigo de las tablas del burladero, como para demostrar la terrible eficacia de las astas donde se afilan los paréntesis del riesgo tremendo de este arte donde todo está en juego: la vista y la destreza, la agilidad y el conocimiento, el dominio de los nervios y de los músculos y en oca-

siones la vida. Y así también, con motivo de la cogida del Espartero, por cuya seguridad temimos desde el primer instante.

Porque —se ha dicho muchas veces, y con razón— hay diestros que dan sensación de seguridad y confianza, y los hay que dan sensación de peligro. Más que hablar de «escuela rondeña» y «escuela sevillana», de estilo andaluz o de estilo castellano, de «lidia» o de «adorno», se podría establecer, en términos generales, esa gran divisoria, esa amplia distinción. Y no hay necesidad de citar nombres, porque en la memoria y en el pensamiento de todos los aficionados están. Y al temerario Espartero lo cogió el toro tras haberlos tenido desde el primer instante con el corazón en la garganta. Porque hasta en el aguante

debe existir un límite. Sentimos de veras su perenne.

A Aguado de Castro se le olvidó ir a saludar al presidente después de haber despachado, ¡por fin! (y ¡qué suspiro de alivio dió!) a su primero. Estaba el muchacho enjugándose con la toalla el sudor frío, consolado por el mozo de espadas, ajeno a todo lo que no fuese haber salido con bien del mal trance, y llegó el alguacilillo por el callejón y le advirtió el olvido. Aguado, con la toalla en la mano, saltó la barrera, y cumplió con el rito y el requisito del saludo. Es un detalle. ¿Qué más podemos decir de él? Pues ni una palabra.

En cambio, de Pepe Dominguín podemos decir muchas cosas: de su lucha valerosa y por la cara, de la sonrisa simpática con que se burla del viento que se empeña en estropear el adorno de un buen lance en un quite, de su gran colocación y conocimiento, de la ejecución perfecta y limpia de la suerte de matar.

Porque colocó el estoque en lo alto, y de un modo preciso y precioso, perfecto, de verdadera antología.

Y en cuanto a su maestría indiscutible de banderillero, que puso en pie a la Plaza, sólo el verso puede expresarla —ahora que, por fortuna, vuelven a estar en boga, ¿verdad, admirado Rafael Duyos?— las estrofas que cantan la fiesta y el motivo más cargado de emoción y de poesía que existe en el temario ibérico. Sus seis pares, y el de propina siete, tuvieron, no sólo exposición, sino entrega de pecho, «preparación linda» — como dicen al otro lado del mar —, firmeza y aguante, alcante total, subiduría, limpieza, sino también — y esto es lo que corresponde a la «vista desde el tendido» — ritmo y cadencia. Pepe Dominguín se movía al son de esa música misteriosa que acompaña al gran ballet de los rehiletes, y así avanzaba o retrocedía, midiendo y buscando los terrenos, o aprovechándolos en rápida y agilísima captación; y así frenaba o ponía alas a su carrera, así les andaba y así les hablaba a los toros. «¡Qué bonita voz tiene!», dijo una mujer. Hasta su acento se acomodaba a la gran pauta musical de su arte.

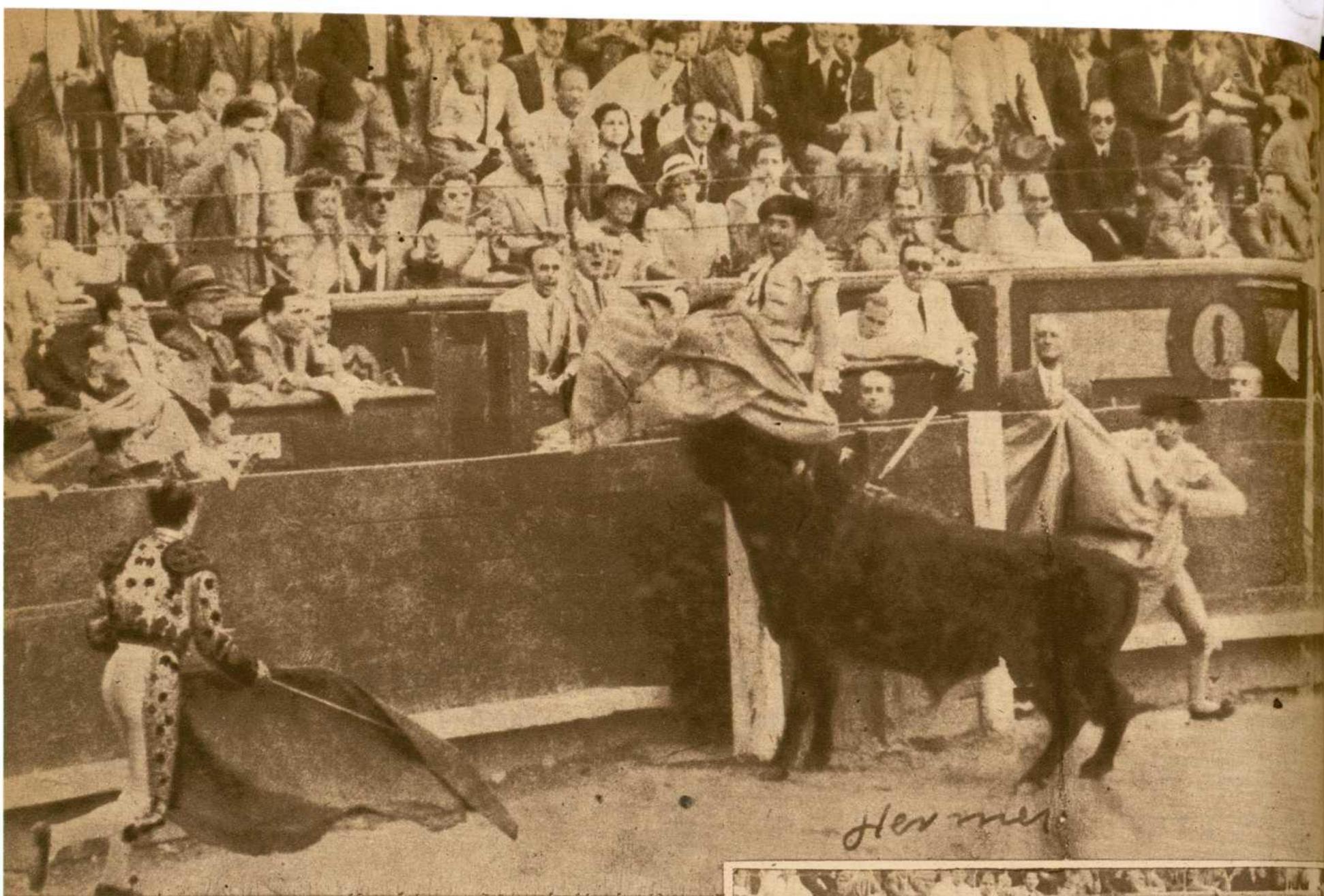
## EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo en Madrid, por ANTONIO CASERO



1. Espartero de Méjico toreando a su segundo toro y cogida del mismo diestro.—2. El último par de banderillas que colocó Pepe Dominguín a su segundo toro y que resultó de auténtico maestro.—3. Cogida del subalterno Pedro Aparicio en el segundo toro

ALFREDO MARQUERIE



*Hermes*

Al banderillero Aparicio lo sacó del bur-ladero el de Villagodio y le hirió grave-mente...

A pesar de la oportuna intervención de los toreros, que no pudieron evitar la desgracia

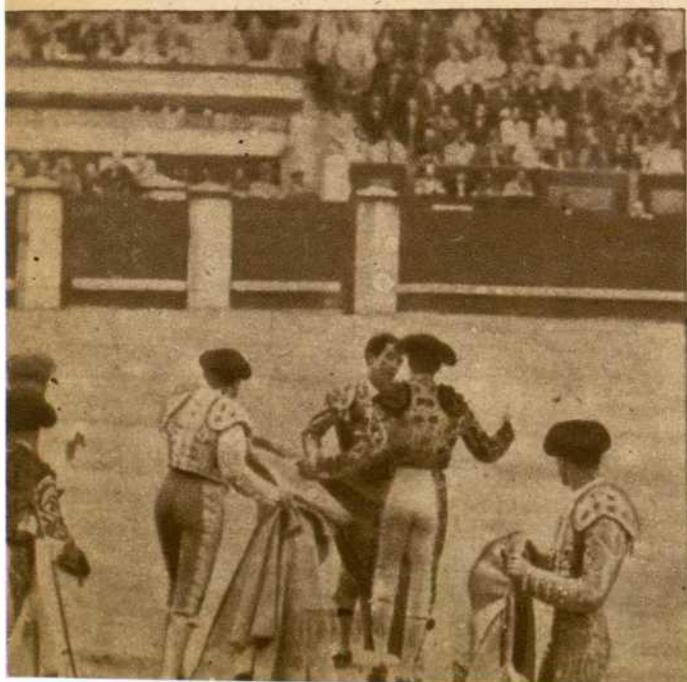
# Hule y sangre en las VENTAS



Espartero, con una cornada en el muslo, no quie-re ingresar en la enfermería...

Pero Antónete Iglesias observa la hemorragia, le hace una ligadura y lo conducen a la fuerza

Domingo y Luis Miguel asisten a Pepe en el ca-ñejón. El asta no ha caído (Fotos Hermes)



## POR ESPAÑA Y PORTUGAL

En la segunda corrida benéfica, celebrada en Madrid en la temporada actual, se llenó la Plaza por segunda vez.—Espantero de Méjico y el banderillero Aparicio, heridos de gravedad.—Isaías y Julio Vázquez presentaron una gran corrida en Pamplona.—Se inauguró la Plaza de Toros de Elda

El miércoles, día 9, se celebró un homenaje al doctor Jiménez Guinea. Al acto asistieron más de trescientos comensales, que patentizaron el cariño y admiración que por él se tiene.

El pasado jueves, día 11, se celebró en Madrid la corrida de toros a beneficio de los huérfanos del Magisterio. De los seis toros de Rogelio Miguel del Corral, cuatro fueron bravos y dos mansos; todos ellos fueron blandos de manos. Los tres primeros toros fueron banderilleados por sus respectivos matadores, y los restantes, por los tres espadas, que fueron ovacionados. Arrastrado el cuarto toro, salieron al tercio los matadores y el propietario de la ganadería.

Pepe Bienvenida estuvo bien en uno, y dió la vuelta al ruedo en otro. Morenito de Talavera cortó la oreja del segundo, y lidió muy bien al quinto. Luis Miguel Dominguín dió la vuelta al ruedo en uno y fué aplaudido en otro.

La corrida del Magisterio fué la segunda benéfica de la temporada, y la Plaza se llenó por segunda vez.

En Pamplona se celebró un festival, con novillos de Trespalacios. Andaluz cortó dos orejas y rabo. Rivera y Rovira cortaron oreja, y Pepe Luis, Cañitas y Parrita fueron aplaudidos.

En Barcelona se lidiaron novillos de Pizarro. Vito fué aplaudido en sus dos novillos. Juan Bienvenida dió la vuelta al ruedo en uno y cortó las dos orejas y el rabo del otro. El peruano Nene, regular.

El domingo se lidiaron en Madrid seis toros de Villagodio, grandes y duros. El segundo cogió al banderillero Pedro Aparicio, y el cuarto, a Espantero.

Espantero, que banderilleó sus dos toros, dió la vuelta al ruedo en el primero y fué cogido por el cuarto al dar un ayudado por alto. Pepe Dominguín, que pareó muy bien en sus dos toros, dió la vuelta al ruedo en los dos, fué aplaudido en el que mató en sustitución de Espantero. Aguado de Castro, mediano.

Partes facultativos:

El banderillero Pedro Aparicio ingresó en la enfermería durante la lidia del segundo toro, con una herida por asta de toro en la cara posterior superior y medio del muslo izquierdo, que interesa piel, tejido celular, aponeurosis, y forma un trayecto doble: uno ascendente de veinte centímetros de longitud que produce extensos desgarros en los músculos semitendinosos y semimembranosos y alcanza la tuberosidad isquiática, y otro trayecto dirigido hacia adelante, que atraviesa totalmente el muslo, produciendo grandes destrozos en los músculos señalados anteriormente y en la masa de los abductos, dando al descubierto y contusos los vasos femorales



El doctor Jiménez Guinea da las gracias por el homenaje que se le tributó en Madrid

en una extensión de diez centímetros, terminando con un orificio de salida en la cara anterior del referido muslo izquierdo. El herido ingresa en estado de «shock» y con abundante hemorragia. Pronóstico muy grave.—*Doctor Jiménez Guinea.*

Durante la lidia del cuarto toro ingresó en la enfermería el diestro Manuel Gutiérrez (El Espantero), con herida por asta de toro, situada en la unión del tercio medio con el superior de la cara externa del muslo izquierdo, que interesa piel, tejido celular y aponeurosis, y lesiona los músculos tensor de la fascia lata, vasto externo y recto exterior, con una trayectoria de quince centímetros de longitud dirigida hacia abajo y adelante y que termina en la cara anterointerna de su tercio inferior. Pronóstico grave.—*Doctor Jiménez Guinea.*

Durante la lidia del sexto toro ingresó en esta enfermería el picador José Escribano Reos, con intensa contusión en la región lumbosacra, de pronóstico reservado.—*Doctor Jiménez Guinea.*

Los dos primeros heridos fueron trasladados al Sanatorio de Toreros en una ambulancia, donde quedaron hospitalizados.

En Barcelona se lidiaron cinco toros de Alipio Pérez T. Sanchón, dos de Ignacio Sánchez y uno de Garrido. Gitanillo de Triana, ovacionado en los dos. Pepín Martín Vázquez, aplaudido. Parrita, aplaudido en uno, cortó las dos orejas del otro. Rovira, vuelta al ruedo en uno y dos orejas y rabo del otro.

En Pamplona. Toros de Isaías y Julio Vázquez. El mayoral fué aplaudido. Albaicín, valiente en uno, cumplió en el otro y en el que cogió a Choni. Choni dió la vuelta al ruedo en el segundo; después de una buena faena al quinto fué cogido al dar un pinchazo. Sufre lesiones de pronóstico reservado. Llorente fué ovacionado en sus dos toros. El y el pica-

dor fueron asistidos de contusiones de poca importancia.

En La Línea se lidiaron toros de Tomás Prieto de la Cal. Alvaro Domecq cortó una oreja. Pepe Luis Vázquez fué aplaudido en sus dos toros. Cañitas fué ovacionado en uno y dió la vuelta al ruedo en otro. Andaluz, dos orejas en el tercero y aplausos en el otro.

En Logroño se lidiaron novillos de Anastasio Martín. José Redondo y Paco Honrubia fueron ovacionados.

En Sevilla, los novillos de Salvador Guardiola fueron bravos. Liceaga, vuelta al ruedo en uno y ovación en otro. Vito cumplió. Vizeu, regular en uno y muy bien en otro. Liceaga y Vito salieron en hombros.

Elda. Inauguración de la Plaza. Novillos de Zaballo. Sergio del Castillo, dos orejas y rabo en uno y aplausos en otro. Paquito Brú, bien.

En Sañtarén. Toros de Infante da Cámara. Simão da Veiga y Murteira, bien. Fermín Rivera y Julián Marín fueron sacados en hombros.

En Villafranca de la Sierra. Novillos de Antonio García. Pedro Mesas, Estudiante y Paco Aguado cortaron orejas.

En Navas de San Antonio, Agustín Boto, Regaterín, lidió novillos de Blasco. Cortó orejas y fué sacado en hombros.

En Cabeza La Vaca se lidiaron novillos de Baldomero Sánchez. Manuel González cortó tres orejas. García Romero, aplaudido.

En las Navas del Marqués mató dos novillos de Eugenio Ortega el novillero Pedrucho de Canarias. Cortó la oreja del primero y estuvo breve en el segundo.

El lunes, día 15, se celebró en La Línea la novillada de feria. Benjamín Torres fué cogido por su primer novillo, y sufrió una luxación que le impidió continuar la lidia. Los seis novillos de Gallardo fueron estoqueados por Vito y Chaves. Vito cortó tres orejas y un rabo, y Chaves, una oreja.

B. B.



Alvaro Domecq banderillea con las cortas en la corrida de La Línea



Cañitas torea con la izquierda



Un adorno del Andaluz en su toro primero (Fotos Lozano y Pérez Ponce)



Pedro, peón de la cuadrilla de Pepe Dominguín, con uno de sus familiares, a raíz de su ingreso en el Sanatorio (Fotos Manzano)

## Espartero y Pedro Aparicio curan de sus heridas en una misma habitación del Sanatorio de Toreros

**"No encontré ningún entorpecimiento para entrar en el burladero", dice Pedrín**

**"Estaba tan cerca, que no me daba cuenta del peligro", nos explica Espartero**

**E**STE es el aspecto triste de los toros. El domingo, en la Plaza de Madrid, dos modestos, pero valientes toreros, regaron con su sangre la arena del ruedo adonde se va a buscar la gloria y la fortuna.

Un peón, Pedro Aparicio, más conocido por Pedrín, fué el primero en sufrir el percance.

El segundo toro, de las mismas dificultades que caracterizaron a los restantes de Villagodio, se hizo con el cuerpo del subalterno y, sacándolo del burladero, lo caló por el muslo y, sin soltar la presa, lo lanzó al aire para recogerlo de nuevo, dándole una segunda cornada.

El cuarto, otro animal gordo y de poder, mandó a la enfermería al mejicano Espartero. Se había pasado al toro cerca...; tanto, que en un mulatazo salió prendido por el muslo. Luchó con sus peones. Porque la ilusión de un triunfo, que ya no podía alcanzar, lo refería en el ruedo madrileño. Al fin, la resistencia del hombre fué debilitándose. Y como su compañero Pedrín, ingresaba en la enfermería de la Plaza.

Las noticias, al principio, no eran nada satisfactorias. Dos valerosos toreros habían caído frente a unos enemigos que algunas figuras habían rehuido despachar. Ellos, sin gloria taurina, pero con gesto torero, se encerraron en las Ventas con los seis de Villagodio, con casta y enormes dificultades para la lidia, por la edad.

De allí, a la enfermería, y posteriormente, al Sanatorio de Toreros, donde se encuentran, en una misma habitación, Espartero y Pedrín. Juntos compartieron el domingo la desgracia. Unidos sufren, en silencio, los dolores de las graves cornadas.

Si acaso, de vez en cuando, una mirada entre ambos, dice más que las palabras. Y juntos charlan animosamente con las visitas que llegan.

A las cuarenta y ocho horas, el peligro había desaparecido. Y el recuerdo de la tragedia es el único comentario que hacen ambos.

—No hubo entorpecimiento alguno para penetrar en el burladero.

Habla Pedrín, el más gravemente herido de los dos. En una postura inverosímil aguarda con paciencia ese momento de abandonar el lecho. Y muy quedo, evitando que el elevar la voz pueda perjudicarlo, charlamos con él casi al oído.

—Las malas condiciones de los toros y el no picarlos fué parte de culpa en las cogidas que sufrimos.

Busca en el Espartero confirmación a lo dicho. Y el mejicano, que le escucha, contesta afirmativamente.

—Los toros se fueron el domingo enteros.

Esa puya quizá apropiada para otro ganado, el domingo no debió de probarse. Necesitaban los de Villagodio un castigo más severo que lo normal, dadas las dificultades y la edad. Y gracias que el toro no hizo nada por mí, después de cornearme.

—¿Y no pulsaste el peligro?

—Yo estaba muy cerca. En mis muslos sentía al toro. Eran unas sacudidas violentas, electrizantes. Pero que no influía en mí, pese a la fuerte arrancada y al saber que tenían.

Espartero, calificado de torero valiente... y en algunos momentos de suicida, no ha sido muy castigado, sin embargo, por los toros. Tres cornadas ha recibido en su actuación taurina, siendo ésta la primera sufrida en España.

Bautismo de sangre en los ruedos españoles y en el primer caso.

—Ahora—decía el mejicano—, unos diez días en el taller de reparaciones para, inmediatamente que me restablezca, continuar la lucha.

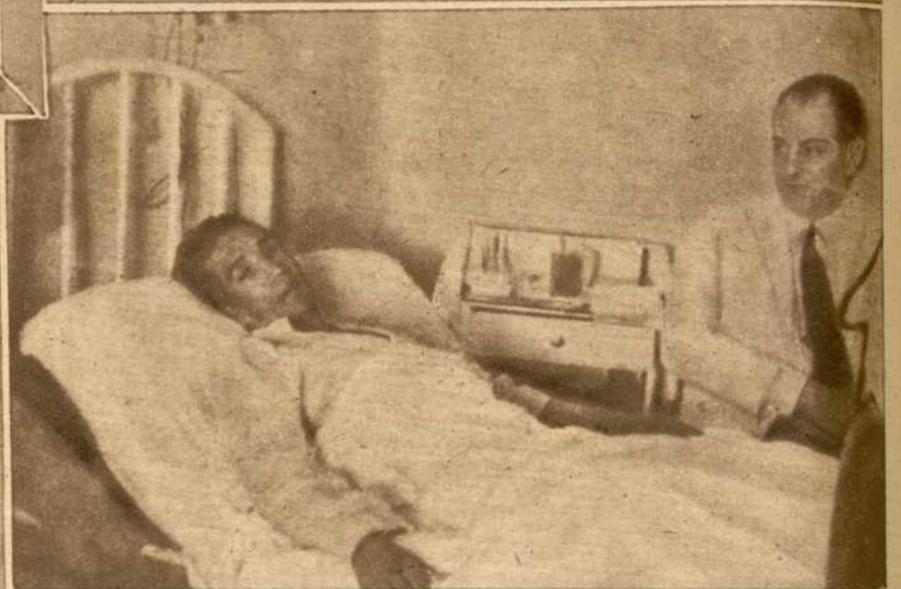
Una lucha dura, difícil, llena de peligros. La misma que Pedrín, el banderillero de los Dominguín, a los que sirve hace nueve años, desde la aparición de Pepe como torero.

El peón es madrileño, y sus veinte años de actuación como subalterno explican ese desfile por el Sanatorio de Toreros. Junto a él, el matador ha vivido los primeros instantes de peligro, como sus hermanos Domingo y Luis Miguel. Toda la familia Dominguín siente verdadero cariño por él, y se desvive por atenderlo.

Ahora, el descanso será el mayor estimulante para la cicatrización. En este reposo obligado, que no se prolongará más allá de los veinte días. Y a la lucha con el toro, como en las quince tardes que lleva actuando esta temporada. Todas en corridas de toros. Unas veces con Pepe...; otras con Domingo..., incluso con Luis Miguel. Con todos alterna, y a todos sirve con igual afán y cariño.

—¿No mediste la distancia cuando se arrancó?

—El bicho venía lanzado. Busqué el burlade-



Manuel Gutiérrez, Espartero, hospitalizado en el Sanatorio de Toreros, después de la grave cogida sufrida el domingo en Madrid

ro; pero no me dió tiempo. Quedó fuera medio cuerpo, y como esta clase de toros rebuza el gancho con el cuerno derecho, sacándome y lanzándome al espacio. Allí me recogió de nuevo, infiriéndome una segunda cornada. Pero fué la primera, al calarme por el muslo, la que ofreció más peligro.

Por el desvanecimiento sufrido a consecuencia de la primera, cuando caí sobre el cuerpo izquierdo, ya no me dió cuenta. Desperté en el Sanatorio, terminada la operación que el doctor Jiménez Guinea me practicó en la enfermería.

Los familiares de Pedrín tratan de cortar la conversación.

Una anciana, madre del banderillero, lo mira sin despegar los labios. Sufre porque la vida de su hijo ha estado en peligro, y él lo es todo para ella.

Cariño, y al propio tiempo su sostén. El hijo, soltero a los cuarenta años, es para ella todo en su dura vida de sufrir, en las tardes en que sale camino de la Plaza.

Pedrín no había sufrido cogida alguna desde el año 1932, y también con tan mala fortuna como la de ahora.

A Espartero, cuya familia reside en Méjico, unos amigos le entretienen sus horas de estancia en el Sanatorio. Mientras estos hombres esperan pacientemente su curación, en la calle siguen los comentarios sobre el valor extraordinario de estos modestos toreros. El valor es un mérito, y Pedrín y Espartero lo tuvieron el domingo en las Ventas.

JOSE CARRASCO

MIENTRAS LE TRAZO SU PERFIL...

# DUYOS nos cuenta la historia de un libro

COMO SE ORIGINO Y POR QUE SE PUBLICO «LOS ANGELES HACEN PALMAS...», ROMANCERO TAURINO



Los ángeles hacen palmas... es el título del libro de poesías que, bajo el subtítulo de «Romancero taurino», acaba de publicar el gran poeta, eminente autor dramático, eminente recitador e ilustre médico, que se llama Rafael Duyos.

Una vaharada de autógrafos nos recibe en el instante de entrar en su domicilio. Autógrafos en las paredes y en los muebles. Autógrafos todos ellos de letras estilizadas y punzantes, de rasgos decorativos y precisos.

—Los primeros versos que escribí fueron de toreros—son las primeras palabras de Duyos en el instante en que, lápiz en ristre, comenzamos a trazar sobre el papel su perfil.

—Fue un romance dedicado a Cagancho, compuesto en el colegio del Pilar a los dieciséis años, cuando estudiaba el preparatorio de Medicina. Por cierto que, en el mismo colegio, era compañero mío, y también hacía versos, Agustín de Foxá.

La charla de Rafael Duyos es ágil y aménisima. Fluyen las palabras de sus labios con jugosidad de fontana.

—Más tarde —prosigue—, cuando un toro mató a Gitanillo de Triana, compuse otro romance, que, con el que dediqué a Manolo Bienvenida, cuando tomó la alternativa, me dieron un total de tres romances taurinos, con los que publiqué mi primer libro. «Toros y pan» se titulaba.

Ya lo saben, pues, los historiadores. «Los ángeles hacen palmas...» no es el primer libro de tema taurino compuesto por Duyos. Antes de él, como prologuillo anunciador, como clarín de plaza, había lanzado a las

imprentas otro, bajo el título, chispero y madrileño, de «Toros y pan».

—Después de esto transcurrió el tiempo, sin que lo torero tomara forma literaria en mi producción. Estuve cinco años en Tánger y, desde allí, muchas veces, acudí a presenciar las corridas de las ferias andaluzas. Estar en Tánger —añade— es como estar en un barrio de Cádiz.

Y queda un instante en silencio el poeta, como evocando las tardes repletas de luz de la tierra africana.

Al maestro Romo, que presenció nuestra entrevista, porque ha acudido a cambiar impresiones con el poeta sobre la obra lírica que este año les va a estrenar Marcos Redondo, tiene la ocurrencia de ofrecernos un cigarrillo. Pincha en hueso, porque no fumamos.

—Después de un largo lapso de tiempo, en que no escribí nada torero —sigue diciendo Rafael Duyos—, nuevamente sentí necesidad de hacerlo cuando sobrevino la muerte de Ignacio Sánchez Mejías.

—Ya son cuatro romances toreros los que tenemos en cartera—digo.

—Sí. En el año 1936 fui a Buenos Aires. Allí me inicié como recitador. Lola Membri- ves me animó mucho a ello. Escribí también en la ciudad del Plata «El romance de los maletillas sin suerte»...

Nuevamente queda en silencio Rafael Duyos, como evocando ahora las noches bonaerenses. El maestro Romo interviene en este momento:

—De América vino a España Rafael convertido en un recitador extraordinario. Diciendo, más que recitando, el verso...

—González Marín, que ya conocía algunas de mis composiciones taurinas, me pidió por telegrama que le hiciera nuevos romances. «Hazme un Manolete» —me decía en uno—. «Mándame un Pepe Luis» —me ordenaba en otro—. «Necesito un Antoñito Bienvenida» —me escribía en otra ocasión—. Hice, pues, animado por González Marín, otro tríptico de romances, que, unidos a los que Julio Fuertes me obligó a componer, para recitarlos en Radio Nacional, me hicieron tener, en dos o tres meses, un caudal de dieciocho. Recuerdo —agrega a continuación nuestro poeta— que el romance de Arruza lo escribí en un taxi, media hora antes de recitarlo ante el micrófono.

Poco a poco se va perfilando ante nuestros ojos la historia de este libro de poesía torera, de poesía llena de garbo, de luz y de tragedia. —Fue Julio Fuertes también el que me ani-

mó a publicar el libro, que lo edité en Valladolid, por motivos sentimentales. Por cierto que el título nos trajo preocupados cerca de un año. Ninguno de los que decíamos se nos antojaba acertado. Al fin, Jesús Gabaldón, que para esto de los títulos tiene un don especial!

—¡Digame usted a mí!—Interrumpimos.

—... Eligió el penúltimo verso como título para el libro. Aquel que dice: «Los ángeles hacen palmas», y termina diciendo: «Desde los palcos del cielo».

Toma ahora el acento de Duyos un sonido más grave;

—He pretendido —dice— un retrato de cada torero; pero hecho con variedad y sin monotonía. Por ejemplo, en Arruza, el tema lo dan las banderillas; en Bienvenida, la mulleta plegada; en Manolete, el paisaje cordobés; en Dominguín, la larga cambiada de rodillas...

Y nos muestra un ejemplar del libro. Vemos cómo está primorosamente editado e ilustrado. Más de cien dibujos de los principales maestros del género. Desde Ruano Llopis a Roberto Domingo, pasando por Teodoro Ribera, José Manuel Capuletti, Antonio Ferrer, Antonio Casero, Martínez de León e Ignacio Zuloaga, que tiene un extraordinario retrato al lápiz del Albaicín. El prólogo es de Manuel Machado. Versos llenos de sal y donaire.

—En vez de titularlo «Prólogo» —nos hace notar Duyos—, lo ha titulado «Despejo». Esta organización taurina preside, desde luego, toda la composición del libro. Primero se publican los romances de evocación; es decir, los dedicados a los toreros muertos; luego vienen los restantes, en grupos de cuatro, como en los carteles de feria, comenzando por un rejoneador y siguiendo después los diestros por orden de alternativa. Y entre sección y sección se reproduce un cartel de Ruano Llopis, de los que la casa Viuda de Ortega, de Valencia, conserva toda la colección.

La charla de Duyos resulta cada vez más grata y acogedora. Su conversación resulta más sugestiva a cada instante.

—Esta es la historia de «Los ángeles hacen palmas...» —remata diciendo.

Con este remate rematamos nosotros también nuestro perfil.

FEDERICO GALINDO



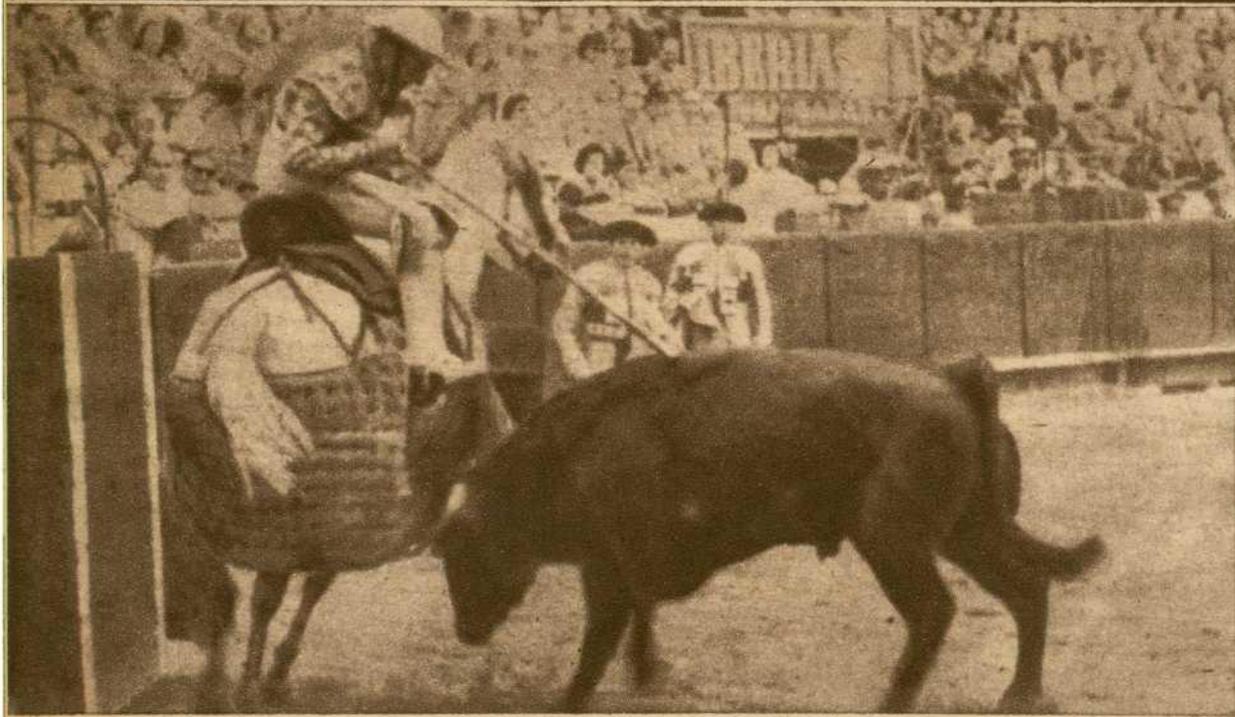
El maestro Jesús Romo y Rafael Duyos



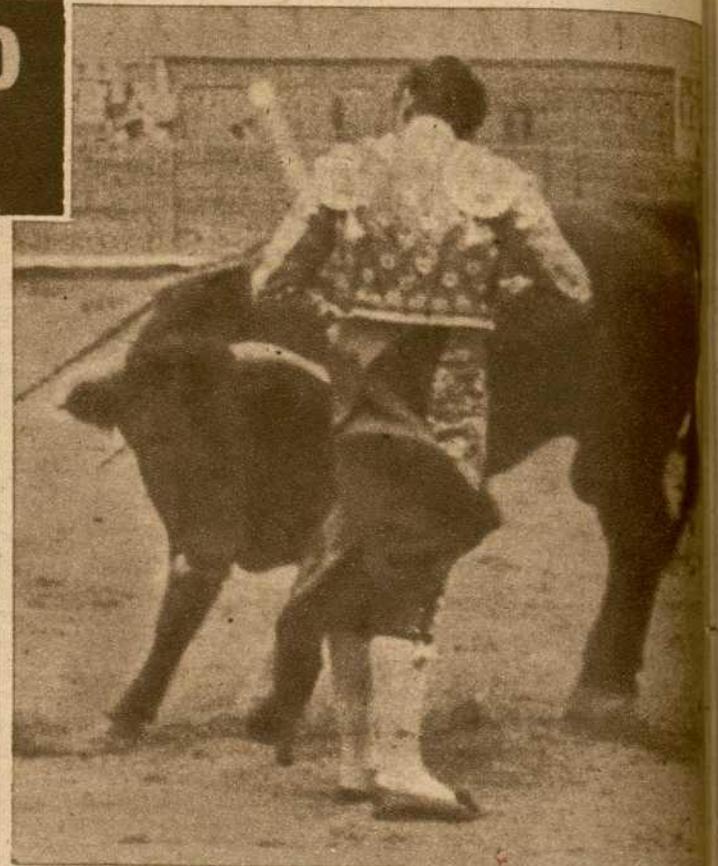
Se ha abierto el posión. Rafael Vega, Pepín, Parrita y Róvira, liados en los capotes, se preparan para el paseo

Parrita brindando la muerte de su segundo toro

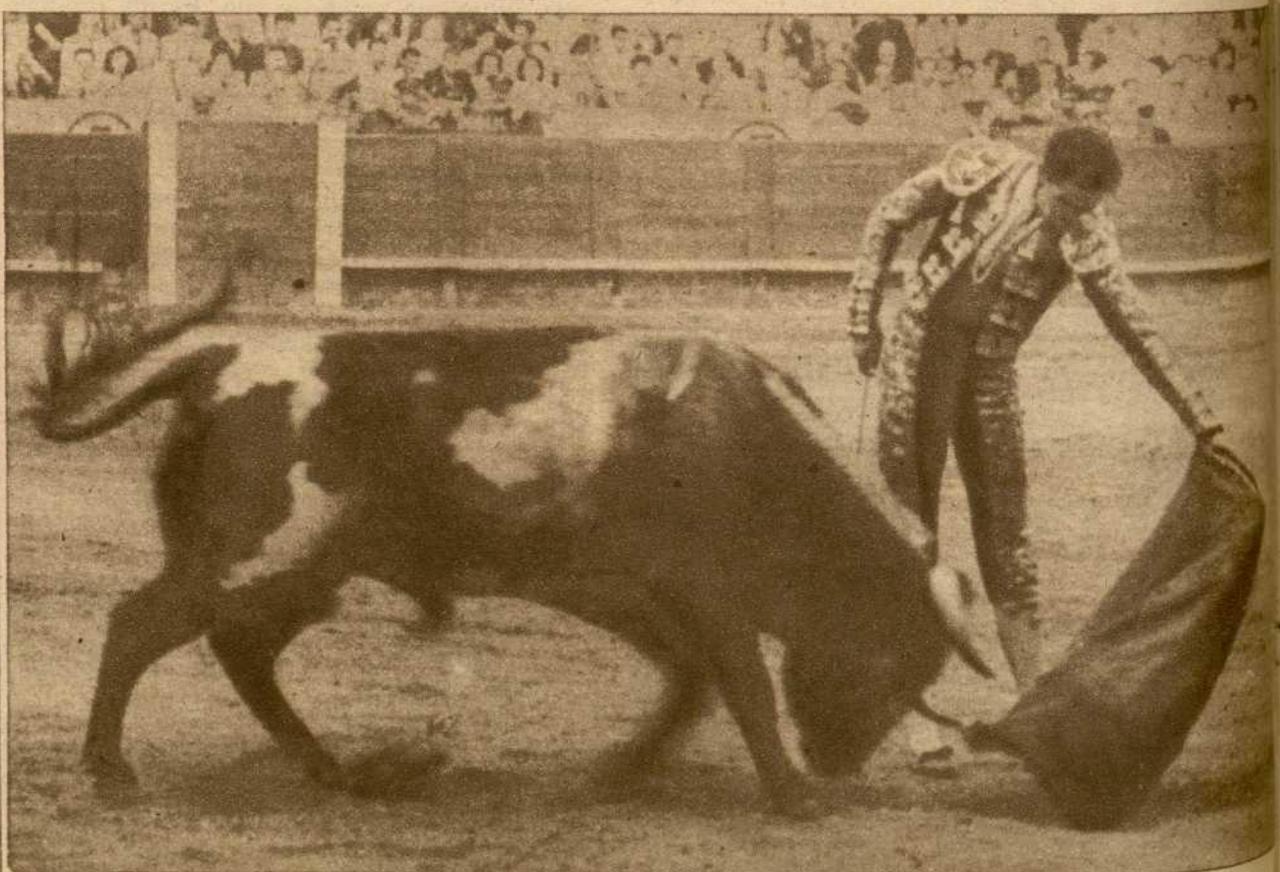
## LA CORRIDA DEL DOMINGO EN BARCELONA



Barajas aprieta en un puyazo y el toro recarga

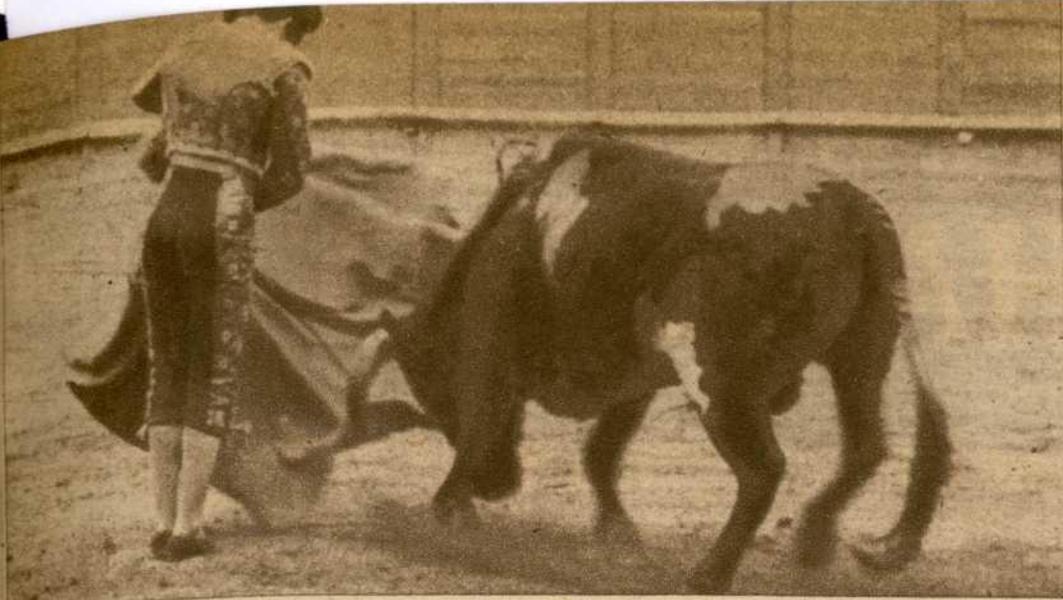


Un adorno de Rafael Vega al rematar un muletazo



Con las dos orejas del séptimo toro, Parrita recoge la ovación que le tributa el público

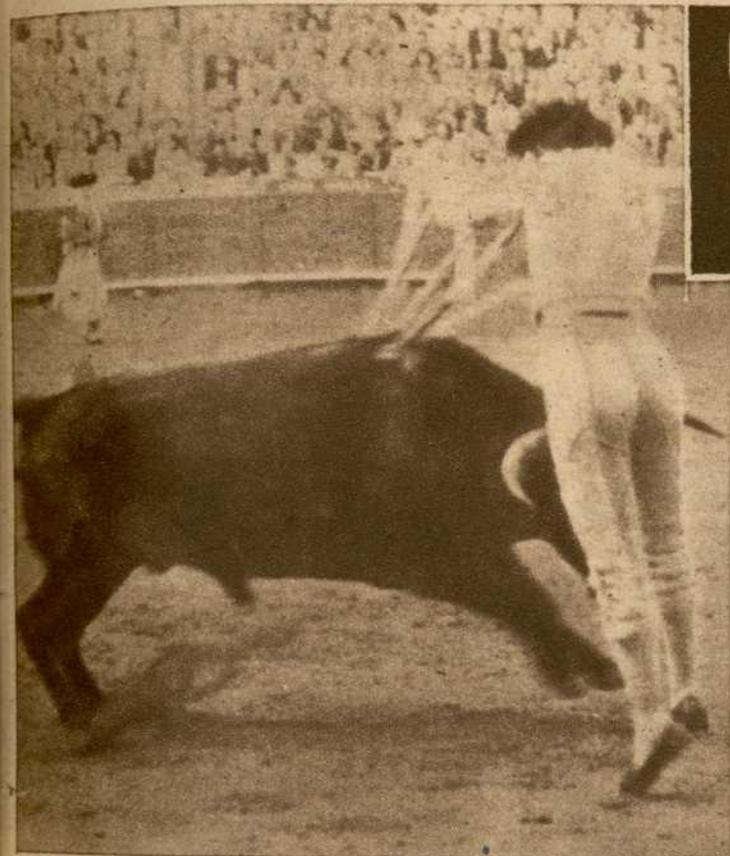
Parrita toro al natural



Una verónica de Pepin Martin Vazquez



El toro de Garrido que se rompió una pata durante la lidia



Un buen par de banderillas del rehiletero Michelin

CINCO TOROS DE ALIPIO PEREZ, DOS DE IGNACIO SANCHEZ Y UNO DE GARRIDO  
PARA  
GITANILLO DE TRIANA, PEPIN MARTIN VAZQUEZ, PARRITA Y ROVIRA



Rovira remata un quite rodilla en tierra



Un pase de pecho con la izquierda de Rovira  
(Fotos Valls)

En el octavo toro, Rovira fué galardonado con las orejas del animal, y obtuvo también la pata y el rabo del de Garrido



Su tocayo y compañero, el mentado Lagartijo chico, Rafael Molina y Martínez, infortunado hijo del gran peón Juan Molina, también empezaba entonces a torear, y un aficionado de Córdoba, don José González Laguna, decidió juntarlos y les hizo torear como jefes de cuadrilla en la Plaza de Granada con fecha 23 de mayo del año 1897.

Esta fué la primera vez en que torearon unidos Machaquito y Lagartijo chico; estoquearon reses de tres años de la ganadería de don Rafael Rodríguez, de Córdoba, antes de don Atanasio Linares, y luego de actuar juntos también en Valencia el día 29 de junio, salió Machaquito de su ciudad natal y se incorporó a la cuadrilla de «Niños Sevillanos», que capitaneaban Manuel García Reverte, Revertito, y Rafael Gómez Ortega, Gallito, el primero sobrino de Reverte y el segundo un hijo de Fernando el Gallo, el célebre Rafael algunos años más tarde.

Toreó con ellos algunas funciones en tierras de Castilla, y de regreso, en Córdoba, se formó definitivamente la cuadrilla de «Jóvenes Cordobeses», de cuya dirección quedó encargado el ex torero inválido Rafael Sánchez, Bebe.

Hizo la misma su presentación en la ciudad de la Mezquita con fecha 10 de abril de 1898, Pascua de Resurrección; se anunció en las guías de los periódicos taurinos, y la verdad es que la actuación de los noveles novilleros no tuvo gran resonancia en principio, pues en tal año, y antes de presentarse en Madrid, solamente torear en Peñaranda, otra vez en Córdoba, en Andújar, dos veces en Portugal y en Palencia.

Su debut en la Plaza madrileña se efectuó el día 8 de septiembre, sin propagandas ni reclamos previos (bien es verdad que a la sazón estaban en desuso tales resortes a la manera de hogaño), y esto contribuyó no poco al gran éxito que obtuvieron, pues la sorpresa que produjo el buen resultado de sus faenas hizo que fuera mayor la impresión favorable que recibieron los espectadores.

Y en tal ocasión, el prestigioso don Manuel Serrano García-Vao, Dulzuras, que entonces revistaba en *El Enano*, dedicó a Machaquito varias octavas reales, a guisa de saludo, la primera de las cuales decía así:



Emilio Torres, Bombita

*Supongo que vendrá muy animoso, con afán de ganar un buen cartel, pues dicen que es el chico muy mañoso, y sólo con llamarse Rafael y ser de donde fué tanto coloso, esperanzas fundadas hay en él. Conque vamos a ver, joven Machaco, si no se porta usted como un matvaco.*

¡Quién habría de decir entonces a Dulzuras que pocos años después sería uno de los más entusiastas machaquistas!

# MACHAQUITO

## El último matador del siglo XIX

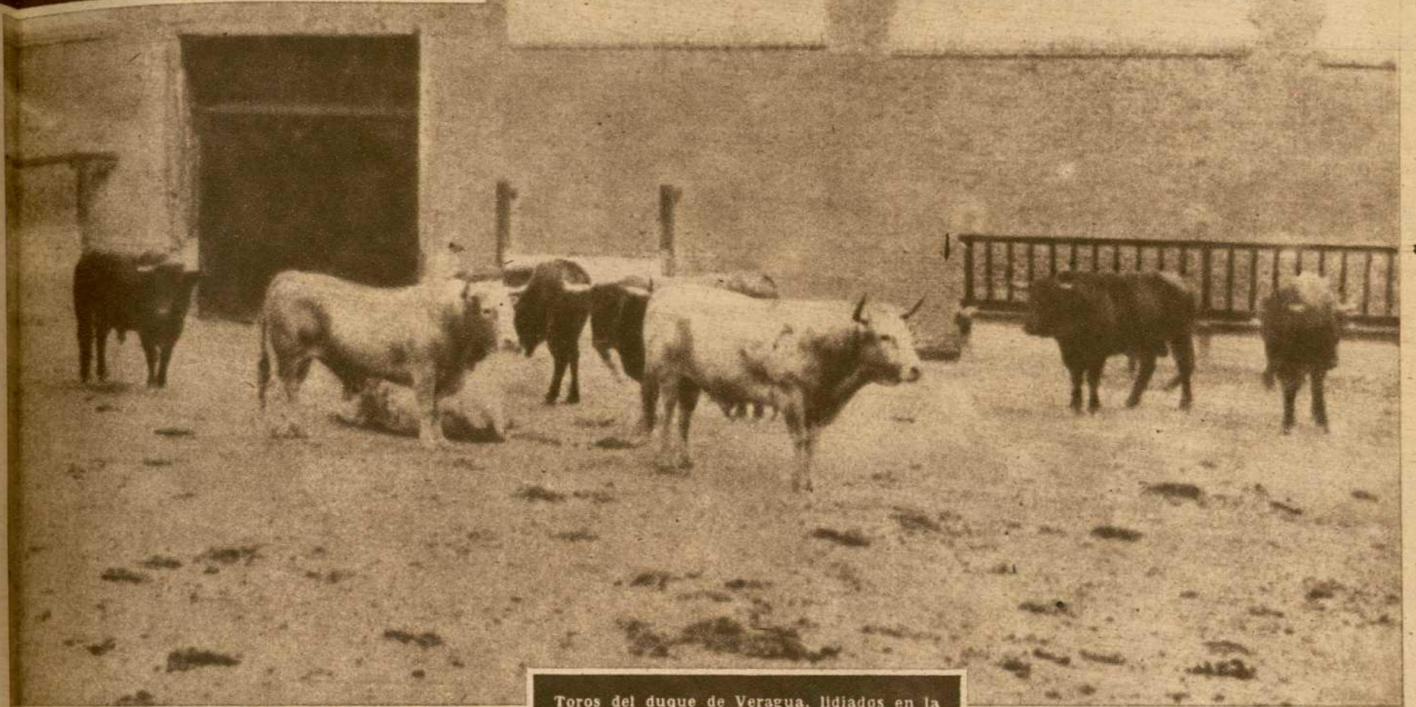
Por DON VENTURA



Cogida de Machaquito en Zafrá: 1900

Triunfaron en Madrid los cordobeses, como queda dicho; es más, despertaron gran entusiasmo, y a partir de tal fecha fueron solicitadísimos por todas las Empresas, hasta el extremo de torear tanto como los matadores de primera fila.

Con tal motivo, se inició una de las épocas en que con más anhelo iba la gente a las novilladas; formáronse bandos de lagartijistas y machaquistas; se discutía acaloradamente, y como los dos chicos daban siempre de sí cuanto llevaban dentro, al salir de una fiesta quedaba



Toros del duque de Veragua, lidiados en la corrida en que tomaron la alternativa Lagartijo chico y Machaquito

el aficionado con deseos de asistir a la siguiente. Verdad es que existía en dicha época un plantel de buenos novilleros, en el que sobresalía Jerezano, Dominiquín, Finito, Bombita chico, Ricardo, Félix Velasco y Valentín; pero Machaquito y Lagartijo chico se llevaron la palma y obtuvieron el mayor ruido en la popularidad.

El joven Lagartijo, el llamado a mantener el prestigio del famoso alias familiar, tortaba repesado, con aplomo, con tranquila perfección y mucha más limpieza que Machaquito; mas éste era bullidor, alegre, inquieto y, sobre todo, muy valiente; metía grandes estocadas con mucha guapeza y con su voluntad y su decisión suplía la falta de aquella «solera» que todos atribuían a su compañero.

Desde aquel día 8 de septiembre de 1898, hasta el 16 de igual mes de 1900, en cuya fecha tomaron ambos la alternativa, intervino Machaquito en noventa funciones y estoqueó 257 astados; y esto, unido a unas veinte novilladas que había toreado antes, forma el conjunto de su labor como espada hasta su doctorado.

Más nutrida pudo ser la misma, de no sufrir en el año 1899 dos cornadas: una en Bilbao, el 30 de abril, en el muslo izquierdo, por un toro de Biencinto, y otra en Málaga, el 23 de julio, en el muslo derecho, por un bicho de Adalid.

En el mismo día se hicieron matadores de toros Machaquito y Lagartijo chico, y la suerte decidió quién había de ser el primero en antigüedad, procedimiento que nadie censuró previamente, como era de justicia, ya que el mismo envolvía cierto desdén hacia Rafael González y un deseo manifiesto de procurar a Rafael Molina la posibilidad de coger a aquél la delantera.

¿No había disfrutado de ésta Machaquito hasta entonces? ¿Qué razón hubo para poner tal derecho en entredicho? Ninguna. En tal determinación no existió más que el torpe deseo de otorgar a Lagartijo chico todas las preeminencias.

En el referido día 16 de septiembre de 1900 se

celebró en Madrid la undécima corrida de abono con ocho toros de Veragua y los diestros Mazzantini, Bombita, Emilio, Lagartijo chico y Machaquito; los nombres de estos dos últimos aparecieron cruzados en el cartel, en espera de que la suerte decidiese el orden que habrían de observar en lo sucesivo; luego del apartado, y en medio de la Plaza, se hizo el sorteo en cuestión, dirigido por el delegado de la autoridad, don Leoncio Rebollo, el crítico de *El Liberal*, don José de la Loma (Don



Don José de la Loma (Don Modesto)

Modesto), sacó de un sombrero una papeleta con el nombre de Lagartijo. No pudo Machaquito reprimir una lágrima al verse postergado; pero un amigo fiel deslizó en sus oídos esta frase profética y alentadora:

—No te aflijas, que el que más se arrieme al toro será el primero.

Así, pues, a Lagartijo le entregó los trastos Mazzantini, y a Machaquito, Bombita, y el toro de la cesión de éste se llamaba Costillares, negro, al que dió muerte el neófito con media estocada contraria que le valió una ovación. El nuevo espada vestía un terno verde y oro.

Nota curiosa de aquella corrida fué la referente a los toros del duque de Veragua que se corrieron. Excepto dos, fueron todos terciados, pequeños algunos, y durante la lidia se registraron algunas protestas.

—¡Lo mismo que hoy!—exclamó algún aficionado de la actualidad.

Pero conste que aquellos toros eran los de la fotografía adjunta, y no nos negará el lector que el trapío de tales reses superaba en mucho al de las que ahora vemos lidiar sin protesta alguna en los días que repican gordo.

Y es que, si en todo tiempo se cocieron habas, en el actual se cocen en calderadas.

Ya era Machaquito doctor en Tauromaquia. Mas para que no se dijera que había obtenido el título de rositas, pocos días después, el 5 de octubre, le cogió en Zafrá un toro de Moreno Santamaría y le infirió una cornada en el muslo derecho. Por algo dice el refrán que «No se pescan truchas a bragas enjutas».

(Continuará)

# El doctor PEREZ SERRANO, jefe del equipo quirúrgico de la enfermería de la Plaza de Toros de Zaragoza

Como aficionado, nos dice que sus entusiasmos  
están un tanto enfriados

**T**REINTA y cuatro años hace que el doctor don Luis Pérez Serrano está al frente del servicio quirúrgico de la enfermería de la Plaza de Toros de Zaragoza.

Reputación sólida, conquistada en la clínica hospitalaria y en la suya particular, es una de las figuras más sobresalientes de la cirugía aragonesa.

Desde su juventud ha sido hombre de trabajo. Todo lo que es, que es mucho, se lo debe a su esfuerzo y a su tesón. Tal vez por eso su popularidad en la región aragonesa tenga acusados matices de admiración y respeto.

El desempeñar con acierto este puesto de jefe del equipo quirúrgico de la enfermería ha venido, seguramente, a dar mayores vuelos a su popularidad. Y por ser ésta tan firme, y tan bien alcanzada, quisimos que fuera recogida en las páginas de EL RUEDO.

La amistad, ya antigua, reforzada con lazos profesionales que con el doctor Pérez Serrano tenemos, nos lanzó decididamente a nuestra empresa.

Y una tarde de los días finales de primavera tomamos el teléfono y avisamos al doctor Pérez Serrano nuestra visita y nuestro propósito.

Al otro lado del teléfono hubo unos segundos de silencio, y al instante la aceptación de nuestra entrevista.

—Muy bien —nos contestó—. En estos momentos me coge usted desatareado. He terminado mi consulta, y hasta dentro de una hora, que comienza la sesión de la



Pepe Amorós

Pérez Serrano. Poco después, en un gabinete acogedor, en el que entraba, amortiguada, la luz de una de las calles de más rancio abolengo zaragozano, acaeció nuestro diálogo:

—¿En qué año se hizo usted cargo del servicio de cirugía de la Plaza de Toros de Zaragoza?—preguntamos al ilustre cirujano.

—El año 1912. En aquella fecha ingresé en la Beneficencia provincial, y por tener servicio hospitalario de cirugía, contraí la obligación de atender la enfermería de la Plaza de Toros. Turnaba en aquella tarea con mi compañero en la Beneficencia el doctor Lite, luego jubilado. En 1937 se reorganizó este servicio. Se facultó al Montepío de Toreros, institución que ya se desenvolvía con desembarazo, para que eligiera jefes de enfermería. Se hizo el oportuno Concurso, y el Montepío de Toreros me confirmó en el puesto, autorizándome para nombrar el personal que había de colaborar conmigo. Quedó nombrado subjefe el doctor don Antonio Val-Carrere, y como colaboradores, los doctores don Rafael Fernández, don Julio Arifio, don Luis Pérez Serrano y García, y los practicantes señores Castillo y Royo. Para todos ellos mi satisfacción y mis elogios.

—¿Qué diestros le han ingresado a usted en la enfermería con heridas graves?

—Luis Suárez, Magritas; Curro Vega, Gi-



Francisco Vega de los Reyes, Gitanillo de Triana

Filarmonía, me tiene aquí a su disposición.

El doctor Pérez Serrano, como muchos hombres de ciencia, es amante apasionado de la música. En ella encuentra el remanso inefable y tonificador que le ahuyenta fatiga y preocupaciones.

No hay que decir lo a gusto que escuchamos la invitación del doctor



Luis Suárez, Magritas

tanillo de Triana; Carnicerito de Málaga, Pepe Amorós y El Estudiante. En la época en que se lidiaban vaquillas por «los aficionados que gustaran bajar al redondel», vi en estos lidiadores ocasionales heridas mucho más graves que las que asistí en profesionales. De los primeros, tuve alguna defunción. De estos últimos, ninguna, y todos ellos se restablecieron de sus cogidas y volvieron a los ruedos.

—¿Cómo se comporta el torero en la enfermería.

—Muy bien, y cada vez mejor. El torero, socialmente, igual que en los ruedos, ha sufrido un cambio muy notable, del que yo he sido, desde mi puesto de cirujano, testigo de primera fila. El torero ha llegado siempre a la mesa de operaciones decidido y valiente, pero con preocupaciones de diversa índole. Antes eran supersticiones, tenían prejuicios populares, a veces erróneos, de lo que es una intervención quirúrgica. Pero han ido adelantando los años, y el torero ha ido adquiriendo una noción más exacta y pulida de las cosas y se somete, juiciosa y llanamente, a las determinaciones del cirujano.

—¿Es usted aficionado a la fiesta?

—Lo era antes más que ahora. La evolución del toreo ha enfriado mis entusiasmos. Siendo todavía un chico vi torear a Cara Ancha. ¡Usted calcule si desde entonces habré conocido toreros y estilos de torear!

—¿Qué diferencia encuentra entre el toreo de antes y el de ahora?

—Antes, el torero practicaba las suertes de los tres tercios de la lidia; era, por tanto, más completo. Ahora tiende al estilismo y a la especialización. El toro ha bajado en edad y en poder. Ya no se pueden ver aquellas corridas en que el total de puyas tomadas alcanzaba fácilmente la cifra de veinticuatro; pero no veinticuatro caricias, sino veinticuatro puyazos bien puestos por el brazo de un Badila o de un Agujetas. ¡Corridas de once caballos arrastrados, como una de Carrquirri, que presencié!

—¿Qué acontecimientos importantes en los anales del toreo ha presenciado usted en la Plaza de Zaragoza?

—Entre otros, la despedida de Lagartijo y la de Guerrita.

Y aquí acabó nuestra entrevista. Se acercaba la hora de la Filarmonía, y aquella tarde tocaba la Sinfónica de Madrid.

El doctor Pérez Serrano, amabilísimo, aun hubiera seguido conversando con nosotros, pero no quisimos abusar de su bondad.

Hubiera sido cruel privarle de su deleite preferido.



Luis Gómez, El Estudiante

ANTONIO MARTIN RUIZ

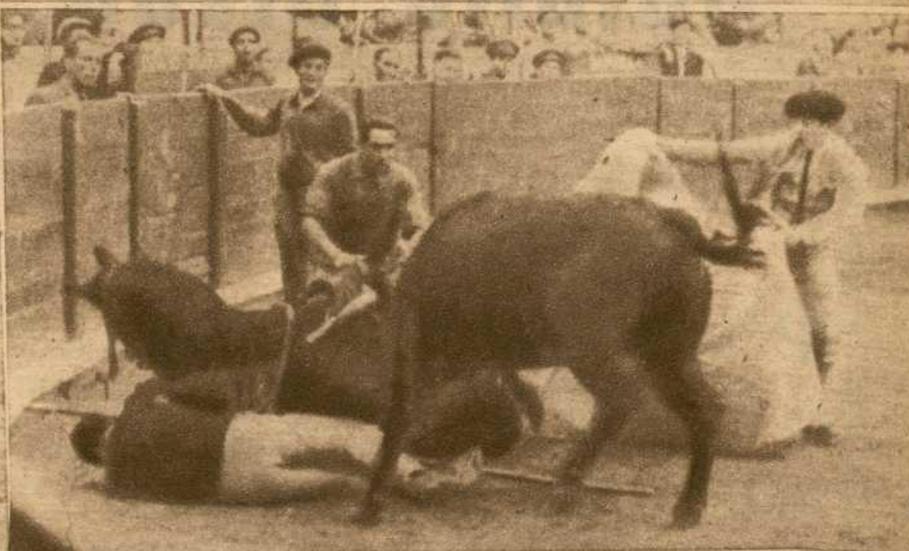
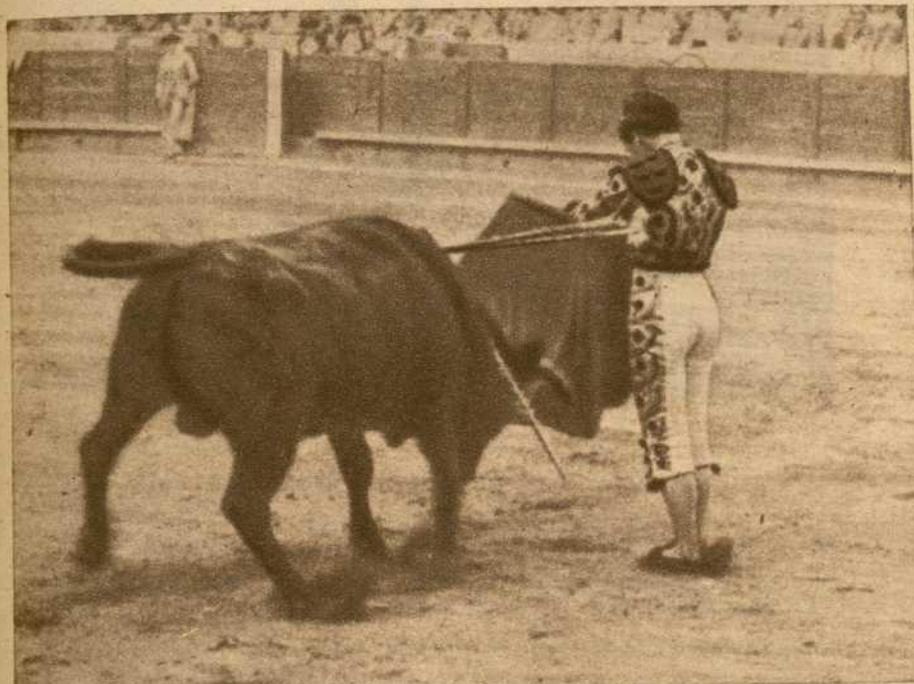
# LA NOVILLADA DEL JUEVES, EN BARCELONA VITO, JUANITO BIENVENIDA Y EL NENE



De izquierda a derecha: Juanito Bienvenida, el peruano Nene y Vito, antes de hacer el paseo

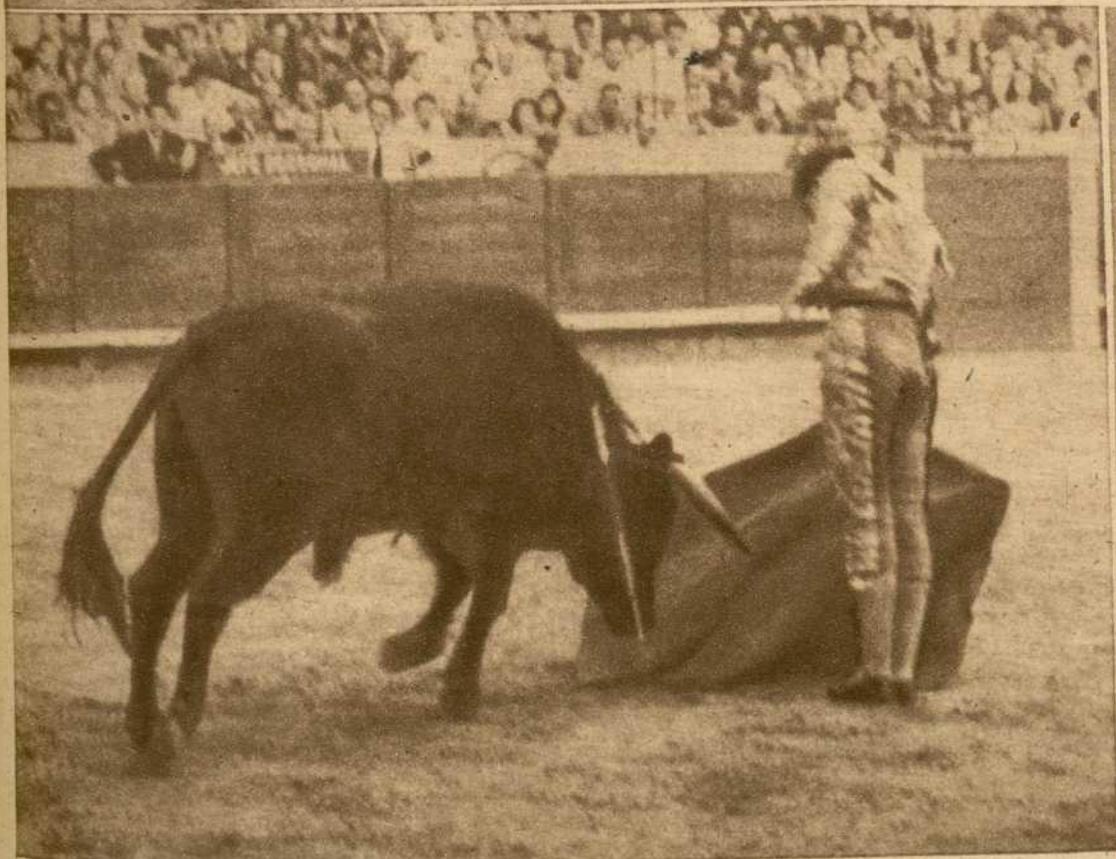


Vito torea por naturales a su primer novillo



Un ayudado por alto del debutante  
← peruano Nene (Fotos Valls)

Vito interviene eficazmente en una caída al descubierto



Juanito Bienvenida en un muletazo con la derecha



Bienvenida da la vuelta al ruedo después de haber cortado la oreja del novillo →

## BIBLIOGRAFIA TAURINA

# Las "Semblanzas" DE Natalio Rivas



**P**OCAS materias, en la motivación literaria, pueden ofrecer un sentido auténtico de historia, fuente de sugestión y caudal de elementos, como los toros. La singularidad de la fiesta y la copiosa acumulación de facetas, la popularidad de las figuras y el carácter reciamente español de todas las faenas de la tauromaquia, desde el campo a las Plazas, sin prescindir de lo que rodea la vida de los toreros, anecdotarios diversos y episodios dignos de recordación, son factores que deciden esa riqueza de motivos. No es extraño —y aun diría que es plausible— que escritores de la más destacada jerarquía, y entre ellos los de especialización histórica, consagren su tiempo y la actividad de sus plumas a la labor de comento y exhumación, porque nunca se agotará el sugestivo tema, y en todo instante y coyuntura habrá lectores para este tipo de relatos y descripciones.

Con un sentido abstracto, general, me sugiere estas reflexiones un interesante libro que acaba de publicar don Natalio Rivas, el ilustre académico, competente historiador, que tiene el mejor de los archivos y, por consiguiente, sabe mucho, con galanura de estilo, con documentación insuperable, de cosas de toros, como sabe, asimismo, de vidas de grandes hombres, jefes políticos, gentes de nombre y posición relevantes. En las crónicas volanderas, la asomada a la Prensa, que es brochazo fugaz y sobrio apunte, ha dejado Natalio Rivas huella extensa de su afición y de su competencia. Ahora da más homogeneidad a su trabajo de experto cronista, y aun cuando este libro —«Semblanzas taurinas»— está compuesto de piezas inconexas, aisladas, representa una aportación, ligada con un concreto carácter. Las notas biográficas son breves y certeras. Quedan perfectamente diseñados los tipos, y para el que siente afición para los temas, o necesita compulsar un dato, una noticia, la conjunción ofrece un gran interés. Todo está explicado en canto llano, sencillamente, con la soltura y la gracia que caracterizan al veterano escritor granadino. Costillares, Chiclanero, Paquiro, Frascuelo, Lagartijo, Mazzantini, Pedro Romero, Joselito, Belmonte, famosos espadas del siglo pasado y de éste, sin llegar a lo coetáneo, porque entonces no sería exactamente historia, desfilan por estas páginas, y para exornarlas, el lector halla una serie de facsímiles que birndan interés: viejos programas, cuentas de antiguas corridas, cifradas en reales de vellón; grabados que presentan el encanto de lo que nos parece lejano, con indicaciones curiosas y estilos que ahora se nos antojan pintorescos.

Una de las anécdotas emocionantes, entre las que ha recogido Natalio Ri-

vas, es la de la muerte de Curro Guillén. La había oído yo referir en más de una ocasión, porque Guillén Salaya, mi gran amigo —y amigo de todos los periodistas, a los que se lo ha demostrado plenamente—, que asegura ser descendiente de aquel torero, cuenta con buen arte de relator y con emoción el suceso, en el que queda plasmada la valentía, el coraje, la dignidad profesional de Curro Guillén, símbolo humano de cualidades y estilos que hoy no se llevan. Y, al hacerlo, alude siempre al «toro de siete años», que tampoco se da con frecuencia en estos tiempos. Como en las demás anécdotas, el ilustre escritor pone en la del rondeño, con su aportación de datos inéditos, que en muchos de los casos evocados rectifican versiones erróneas, esa gracia especial, en la forma de agradable sencillez que es su propio modo de narrador. Y pone, igualmente, el sincero fervor para todo lo que a la fiesta nacional se refiere. Entre las plumas autorizadas, acaso ninguna como la del ex ministro granadino, para este tipo de crónicas, en aire breve de estampas. Es un caso singular el de Natalio Rivas, que en la serenidad deleitosa de su senectud, rodeado de recuerdos, con una memoria prodigiosa, trabaja horas y horas, para buscar lo más interesante de su copioso arsenal y ofrecerlo. Unas veces, es la biografía de López Ballesteros, el austero ministro de Fernando VII —modelo en su género—; otra, el compendio, vertido en episodios aislados, del siglo XIX, libro reciente, de merecido éxito, y otra, el conjunto de semblanzas taurinas que nos acaba de brindar —empleemos el verbo más propio, de afinidad—, sin dejar sus artículos, trozos de historia política, exhumación de cosas y momentos vividos. Todo ello con rasgo de novedad, con galanura, lo que acredita su maestría y sus devociones.

Este libro —ahora, que se escribe tanto de toros y que es necesario no dejar de hacerlo, como factor de revalorización, de inyectar fuerza a la fiesta, un poco debilitada— es un sumando valioso en la bibliografía taurina. Para los aficionados, elemento precioso de consulta. Para todos, una lectura grata, que ofrece el interés y la seducción del cercano parentesco con lo que frecuentemente nos hace saborear el culto y fecundo escritor granadino.

FRANCISCO CASARES



## PEPE LUIS VAZQUEZ

—Los encierros como espectáculo son de una emoción que les hace incopiables. Es algo digno de verse y que sin verlo nadie podrá comprenderlo. Como torero, creo que ningún perjuicio representa para el toro. Que éste dé una carrera más... ¿qué importa?

Y el torero de San Bernardo son-

ría enigmático como si quisiera decirnos que lo que importan son las carreras del torero.

## EL ANDALUZ

—Para verlo, los encierros es algo grande, impresionante, que no se olvida jamás. En Pamplona, estos encierros no pueden ni deben suprimirse nunca. Ahora bien, como torero, creo que el ganado no gana nada con el encierro. Le avisa y aprende cosas. ¡Y fíjese con lo que ya saben los toros! El que no haya desgracias, incluso cuando un toro se queda rezagado, obedece a que se atonta al ver que le llaman la atención de tantos lados,



le llaman la atención de tantos lados,

## COMO VEN LOS TOREROS LOS ENCIERROS DE PAMPLONA

**E**RAN varios los toreros que este año, por primera vez, acudían a las corridas de Pamplona, y que contemplaban con la natural sorpresa e impresión el espectáculo de los clásicos encierros.

Con ellos y con algunas otras personas hemos conversado para recoger sus impresiones sobre una tan detonante nota de color. También hemos hablado con otros toreros que no veían por vez primera los encierros.

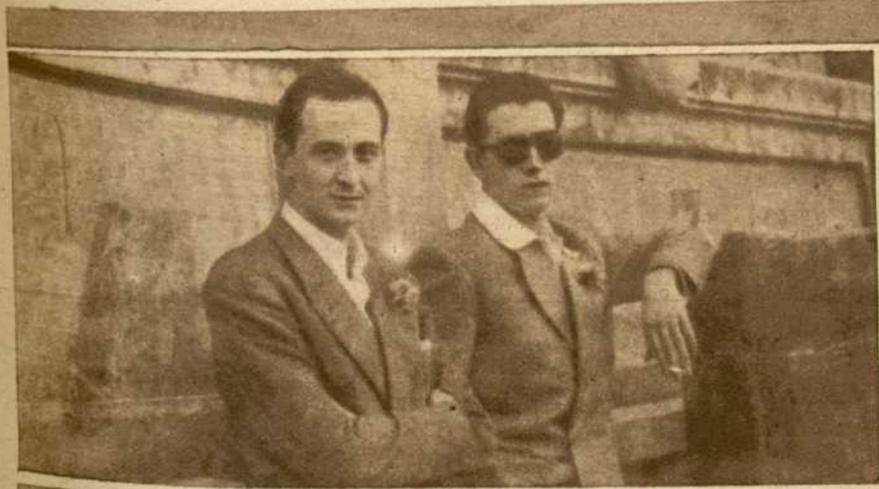
Nos interesaba, e interesa a los aficionados, saber si los toros se echan a perder o se perjudican para la lidia en esos encierros, donde les tiran capotazos, donde se les llama la atención y se les hace acudir a engaños.

He aquí lo que nos dicen los interrogados:



## FERMIN RIVERA

—Si fuera posible hacer el encierro en todas las Plazas, la fiesta ganaría mucho. Porque no hay duda que la emoción que despierta en los mozos que corren delante de los toros, les hace aficionarse a la fiesta. Yo tengo en Méjico varias ampliaciones fotográficas de los encierros del año pasado y tengo encargo de llevar este año bastantes más. Mis paisanos están tan sorprendidos como yo de este bellissimo espectáculo.



## PARRITA

—Yo comprendo la afición de estos muchachos a correr los toros. Es una costumbre tradicional que me parece muy bien. Cuando yo no había visto el encierro me hacía una idea que no es la verdadera. La verdad del encierro es una enorme emoción que nadie puede valorar sin verlo...



## CANITAS

El diestro mejicano no ha perdido un encierro.

—Yo espero seguir toreando, por San Fermín, en Pamplona. Pero si no viniera de torero, vendría a ver los encierros. Es algo tan emocionante y bonito que no me lo pierdo. No creo que los toros se perjudiquen con el encierro, aunque tampoco puedo decir que ganen.



## EL FOTOGRAFO MARIN

—Llevo haciendo los encierros desde el año 1914. ¡Ya se han velado placas desde entonces!... Y cada día los encuentro más interesantes, de mayor belleza y emoción. Desde luego, se han ido introduciendo muchas y muy útiles modificaciones. Yo, como aficionado, no creo que el encierro perjudique para la lidia. Sucesos más importantes que recuerde a través de treinta y dos años de reportero gráfico, están en primer lugar el del año de la inauguración de la nueva Plaza. Los chicos que corrían delante de los toros no habían calculado la mayor distancia de la carrera, y al entrar en el ruedo cayeron delante de las reses, en un terrible montón. Los toros saltaron sobre ellos y fué un milagro que sólo hubiera algunos heridos leves. Pero San Fermín será siempre San Fermín, y,

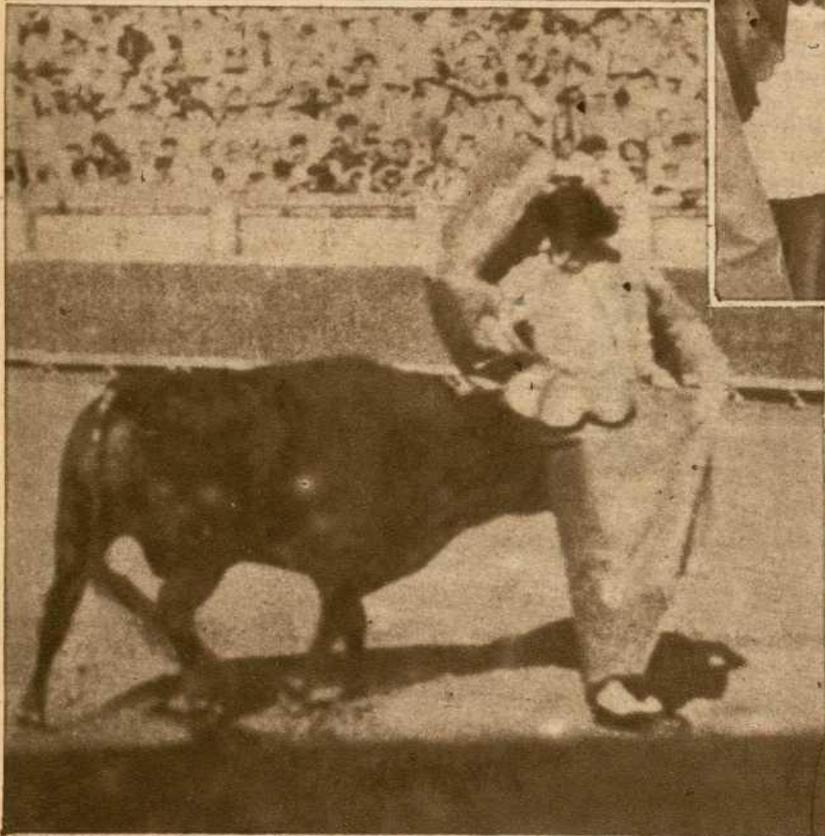
No hay quien pueda,  
no hay quien pueda  
con la gente de la ribera...

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD

# DE LAS FIESTAS DE SAN FERMIN

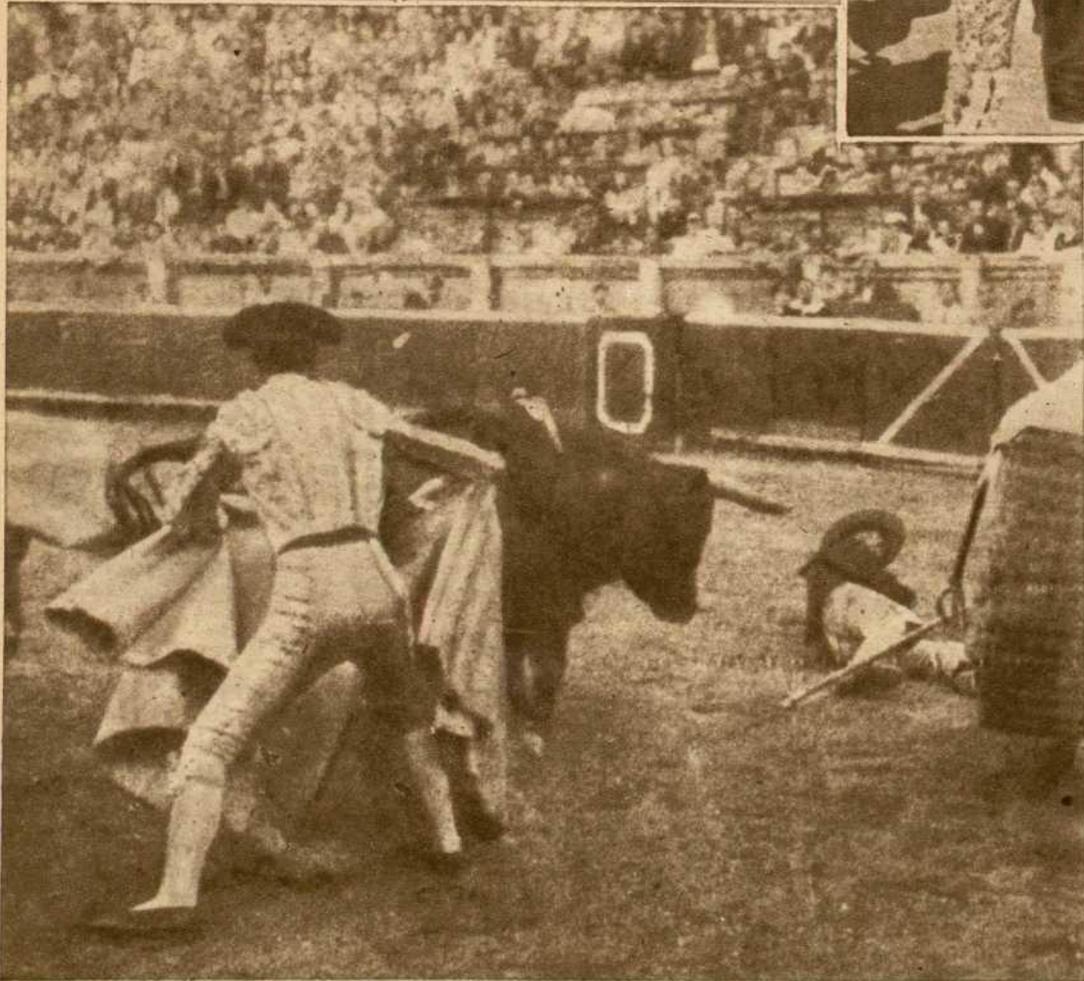
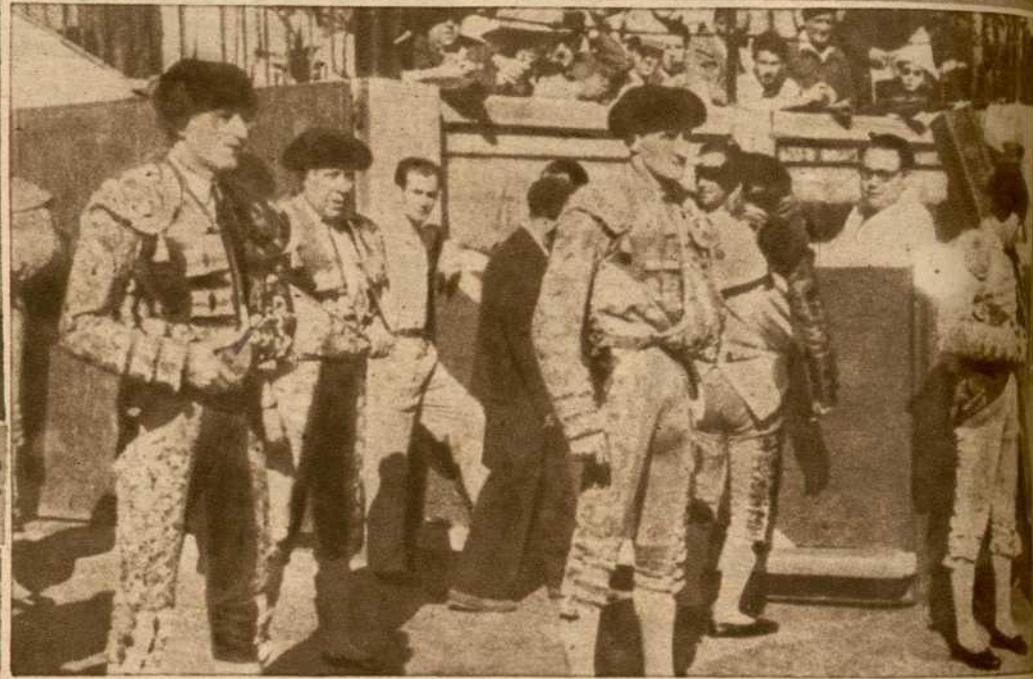


Las presidentas de la novillada a beneficio de la Casa de Misericordia aparecen en la foto con los espadas que lidiaron las reses de Luis Sánchez

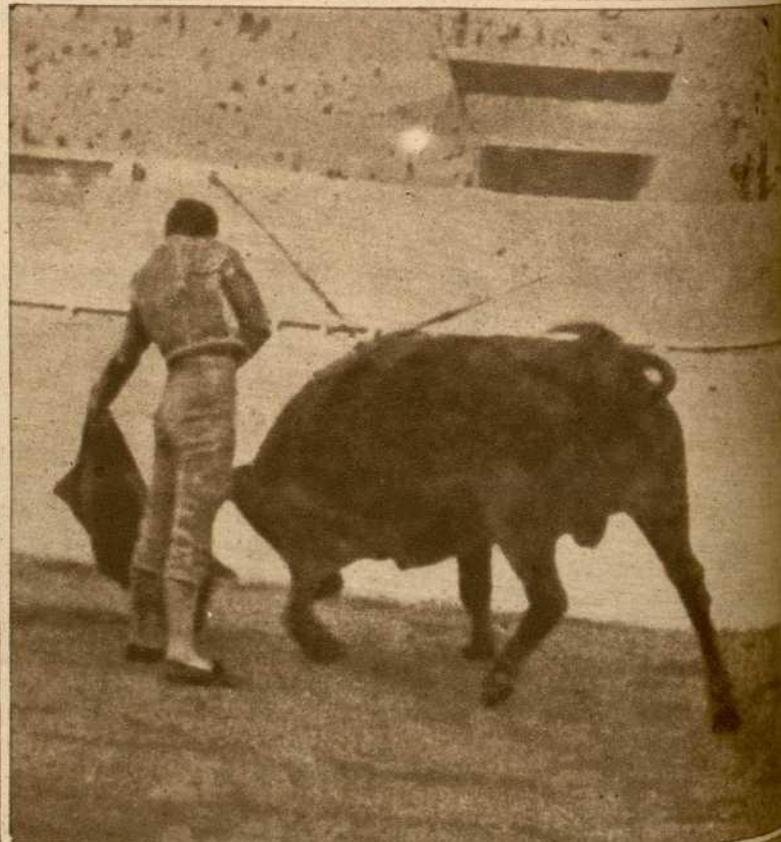


Una chiquelina de Rovira en su segundo toro

En la cuarta corrida de feria, Pepe Luis, Rovira y Julián Marín se alinean junto al portón

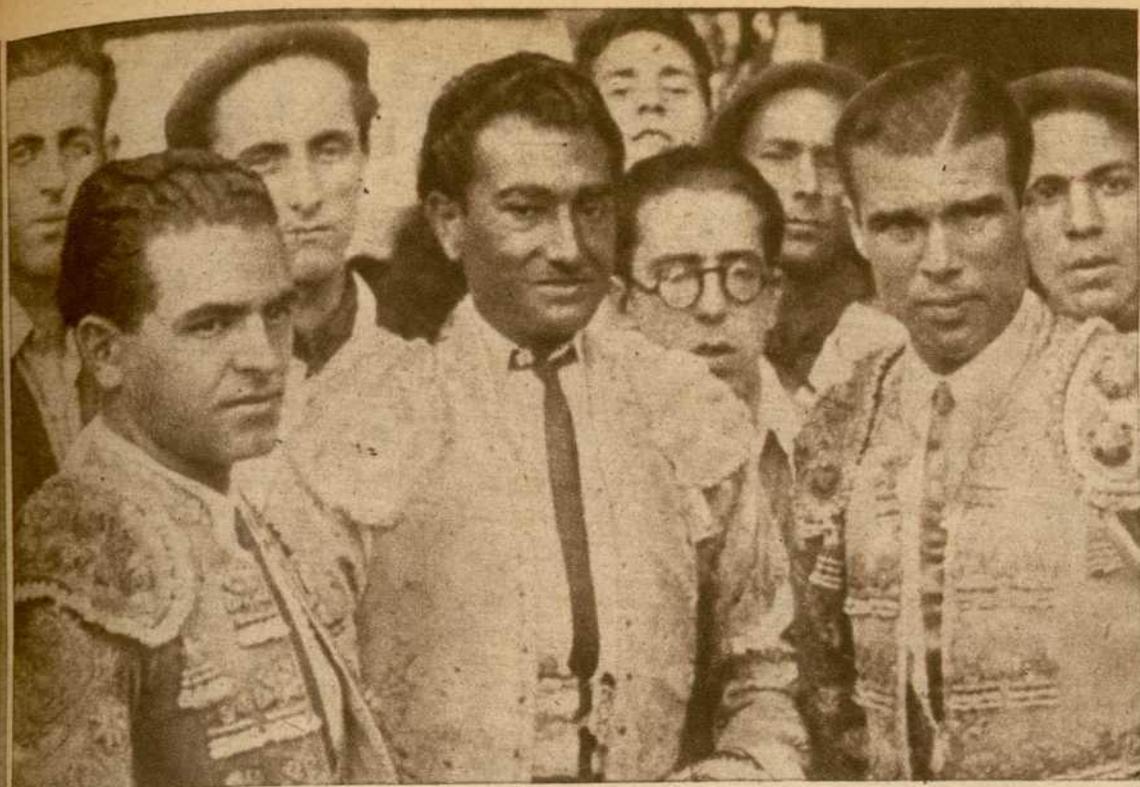


El picadero ha caído al descubierta, y los espadas acuden a librarlo del riesgo (Fotos Rafael)

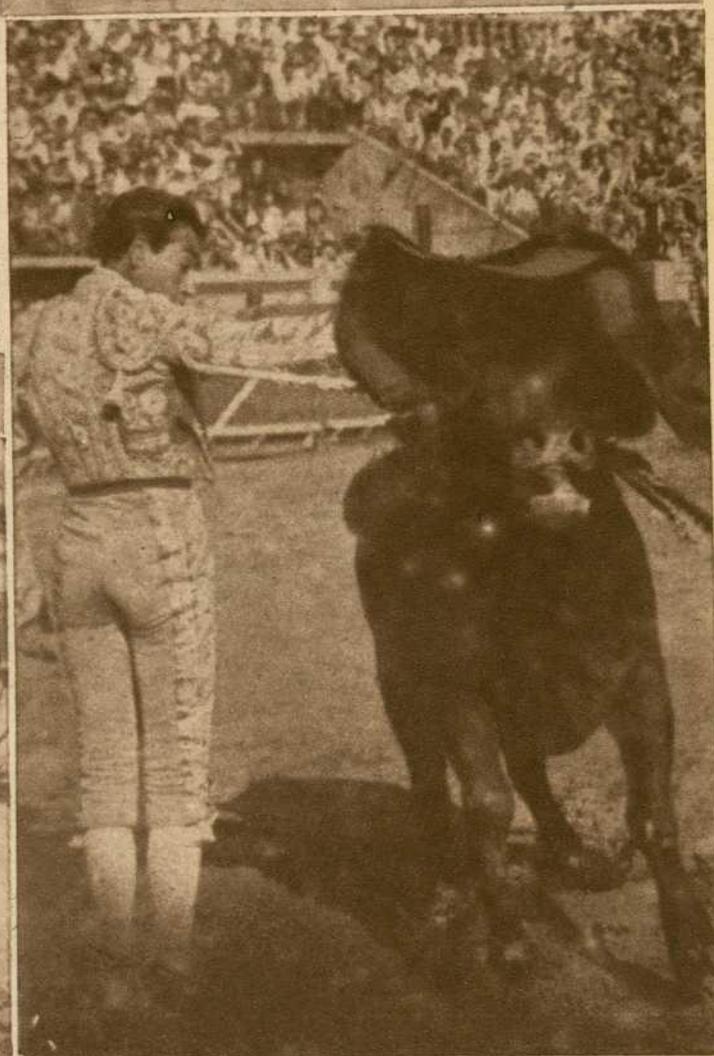


Pepe Luis Vázquez toreando al natural

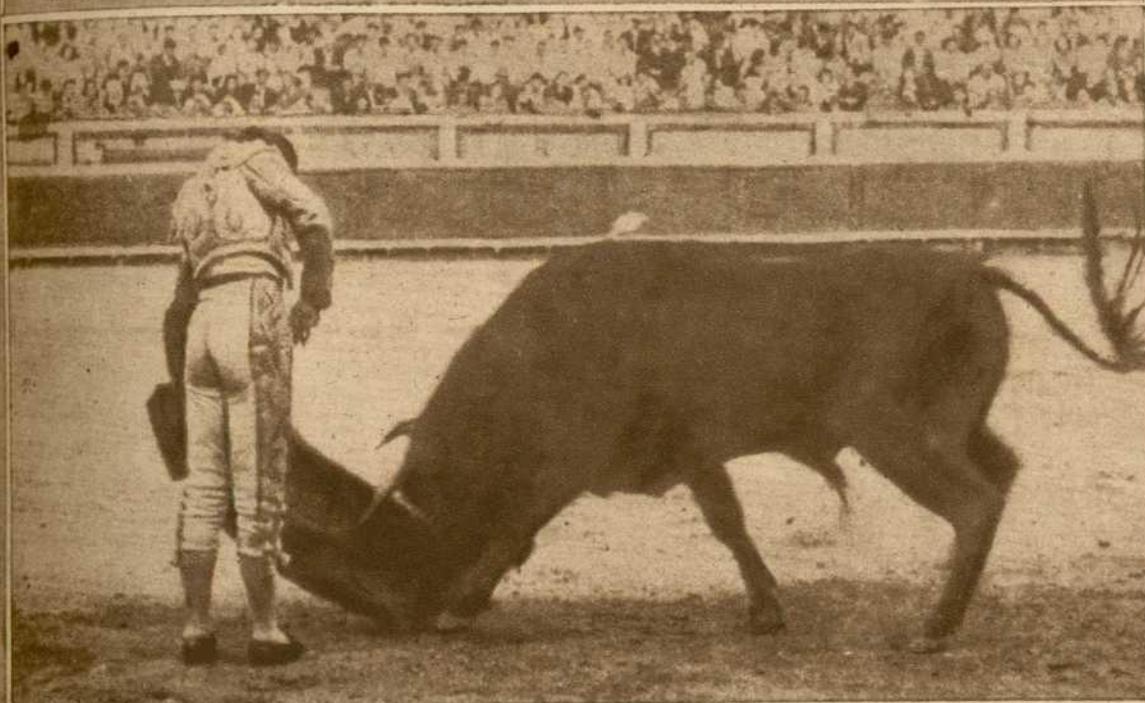
# La última de la feria de Pamplona



Llorente, Albalcín y El Choni se disponen a cerrar las corridas de la feria



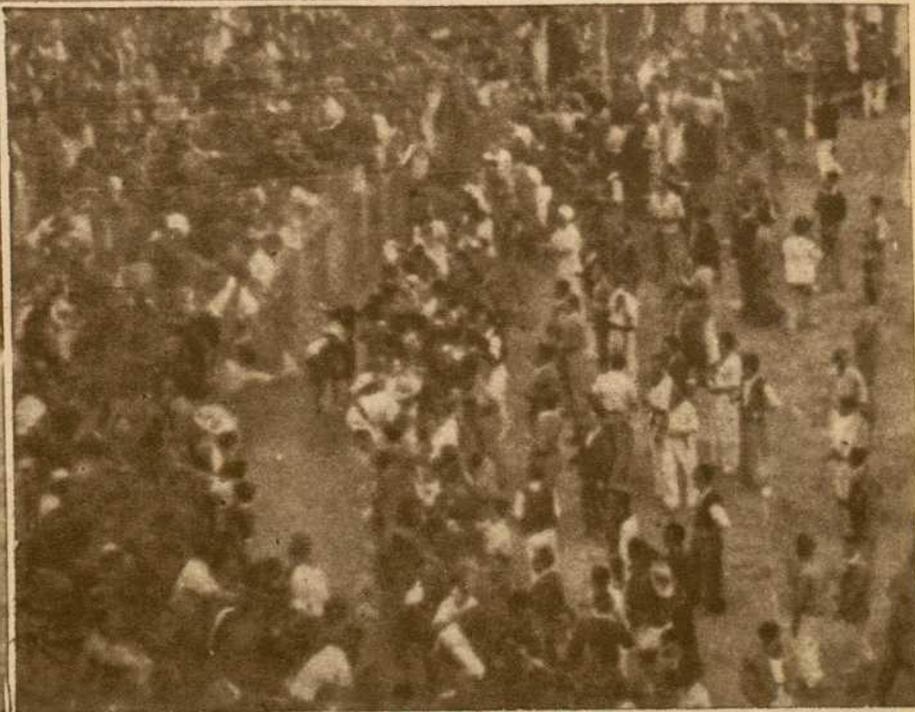
Albalcín muleta por alto al de Isaias Vázquez



Un pase natural del Choni al segundo toro



Rafael Llorente torea por verónicas al tercero  
(Fotos Marin y Rafael)



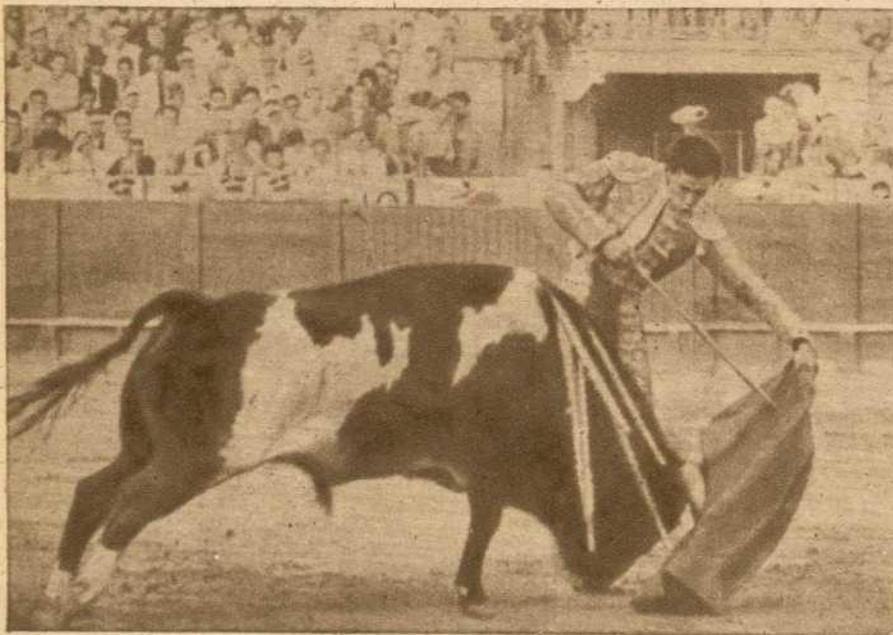
El famoso manso que tantos incidentes provocó salta al callejón y lo limpia de curiosos



Las cuadrillas hacen el paseo, montera en mano, en señal de luto por el hijo del ganadero señor Guardiola

# LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN SEVILLA

Liceaga en un mulatazo con la derecha



Vlto tores al natural a su bravo novillo

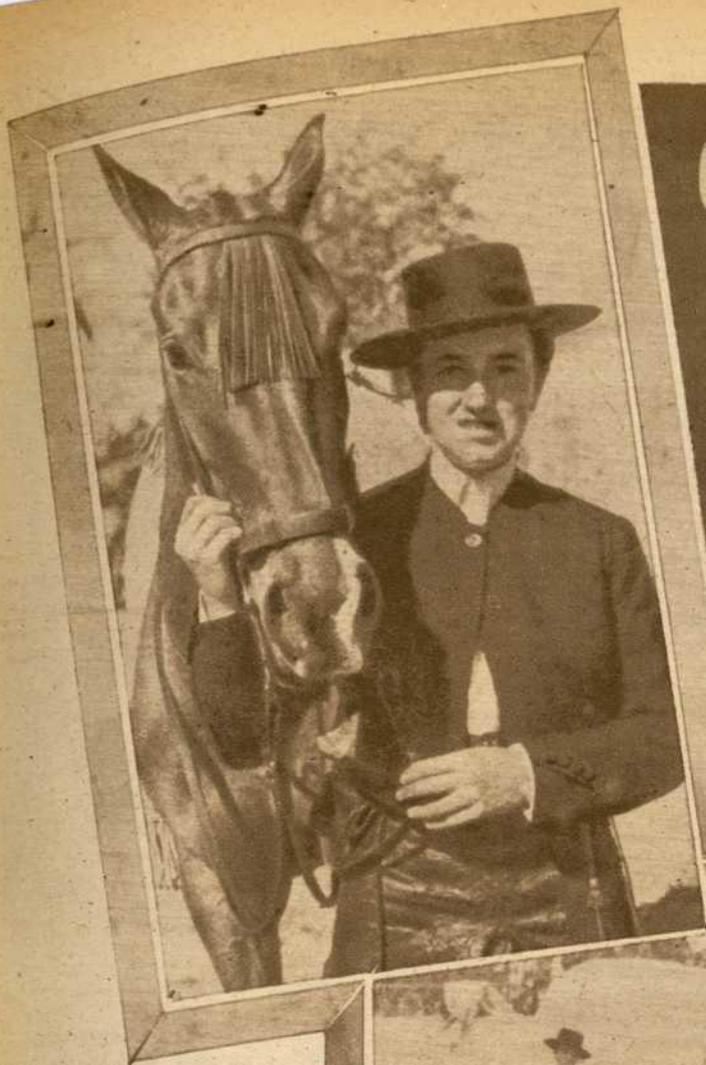


El portugués Vizeu en un gran par (Fotos Arenas)

Inocente  
es el vino para coppear

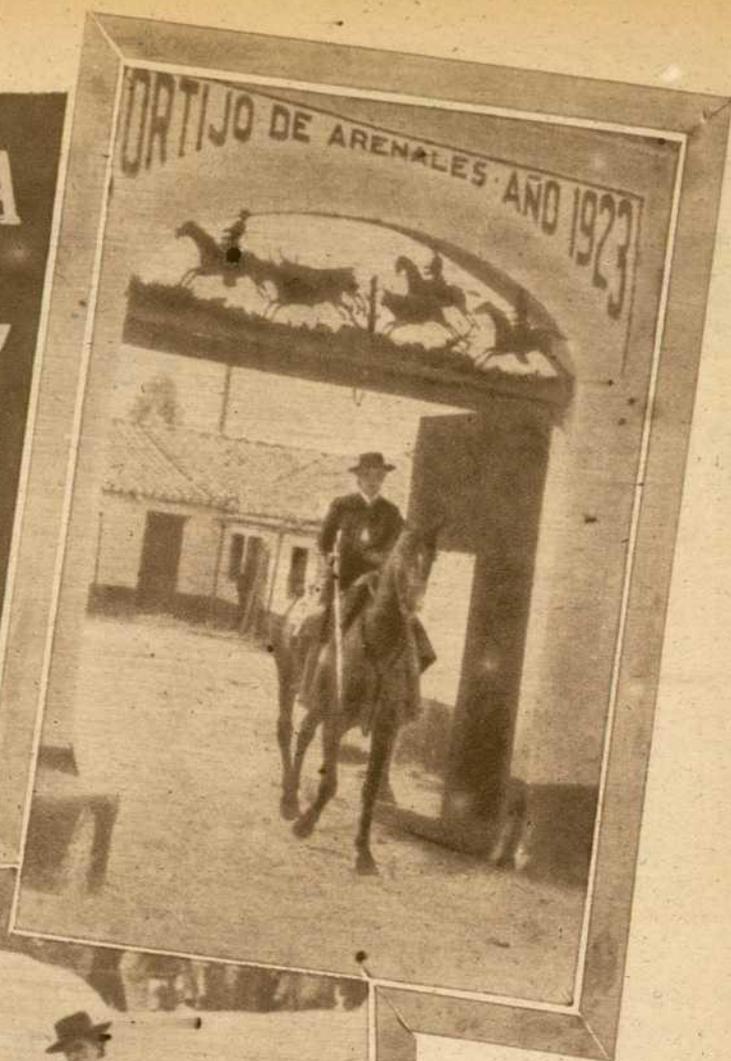
## VALDESPINO

JEREZ



# CRISTINA de la MAZA, o la ganadera más joven de España

«Es lamentable que  
se esté perdiendo  
la afición por  
el toro»



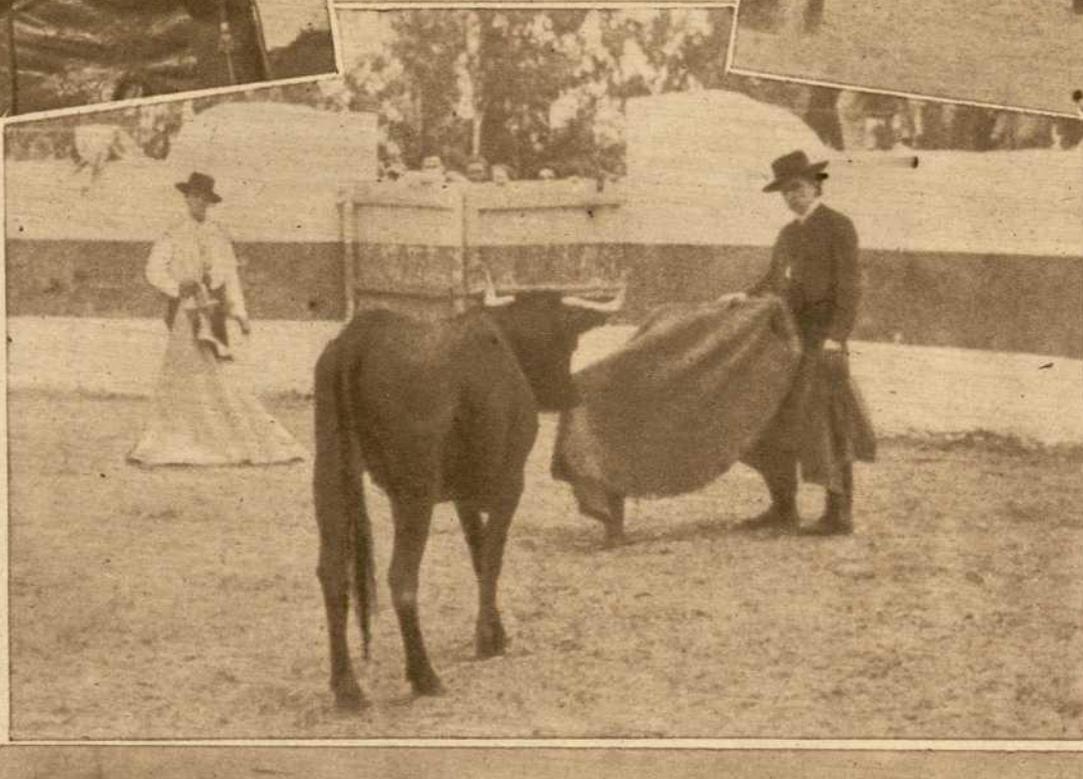
El tren resbala entre labrantíos y olivares, y despierta a los pueblos dormidos en la paz campesina. El caserío del cortijo se divisa entre una fronda palpitante de primavera alborozo. En la lejanía hay un fondo de montañas de perfil suavísimo, tocado por un azul verdoso amoratado. Una leve neblina vaporosa y sutil flota aérea sobre la tierra.

Estamos a 50 kilómetros de Sevilla. En la finca de Cristina de la Maza, la ganadera más joven de España. Grande: ojos sombríos caracte rizan su expresión, int ligerte y firme.

Monta la niña de un salto en su alazán favorito, desdeñosa de ayudas. A la cabeza de la cabalgada, integrada por amigos e invitados, la señorita de La Maza sale a campo abierto.

Los toros, sin dejar de rumiarse, se revuelven inquietos. De repente, se arranca uno hacia la jaca de la gentil ganadera. Confiada en su agilidad de caballista, no se inmota. Y haciendo girar a su cabalgadura en círculos cada vez más cerrados lleva al bruto, toreándolo con su garrocha, por donde quiere.

Ahora es la caballista la que de perseguida se ha convertido en perseguidora. Una becerra busca en rápido trote la querencia de su camada. Pero la garrocha, diestramente manejada, no le da tiem-



po. Apunta la penca del rebo, y una vez alcanzada, derriba a la becerra, que por un instante queda atónita ante la destreza de la amazona.

••

Nos interesa conocer las impresiones de la joven ganadera. No ha mucho que constituyó su vacada con 60 vacas de su padre, el prócer conde de la Maza. Este compró una parte de la ganadería de Anastasio Martín, de la que aun se recuerda que sus productos solían acusar la bravura y nobleza características de la casta de Vistahermosa.

Ya está junto a nosotros la gentil figura. Toda la magia secular del embrujado hechizo de esta tierra meridional parece condensarse en ella.

—Vamos a ver, Cristina: ¿cuántas corridas de su ganadería se han lidiado hasta la fecha?

—Casi ninguna. Soy tan neófita en el gremio ganadero, que todavía no puedo pensar en otra cosa que no sea formar los cimientos de esta ganadería, bien modesta, como usted ve.

—No tan modesta, amiga mía...  
—Hasta ahora, sólo se ha lidiado de mi hierro una novillada el año pasado en Sevilla. La torearon Joselito Montero y dos muchachos más cuyos nombres no recuerdo en este momento.

—¿Y qué juego dió?  
—Para los toreros, excelente. Para la ganadera, regular; le faltó casta y le sobró cabeza.

La impresionante sinceridad de Cristina pone durante unos momentos cierta confusión en el diálogo.

—¿Qué cree más importante del toro: el nervio, la casta o la edad?

—Bueno, amigo mío, esto, más que una conversación intrascendente, parece un examen en toda la regla. Y yo, como los malos estudiantes, no venía preparada...

—Usted conteste y déjese de evasivas.

—Como usted quiera. La casta debe ir siempre por delante de todo lo demás. Aun siendo muy importante para el torero moderno que la cabeza se acomode a la casta, sin bravura y sin que la sensación de peligro trascienda al público, nada se habrá logrado por dar reputación a una divisa.

Cristina se ha entusiasmado ya con el tema y, rápida como una centella, y con un aire de convencimiento absoluto, prosigue:

—Al ganado le ha venido faltando habas y pienso. Si los ganaderos les echasen bien de comer a los toros, resultaría que acaso tres o cuatro figuras serían las únicas que se atreverían con toros con la edad y peso debidos.

—¿Qué cree usted le faltó a la fiesta?  
—Que la gente va a las corridas, no a ver los toros, sino a los toreros. Les tiene sin cuidado la bravura del ganado. Lo que interesa es que el torero haga los veinte o treinta pases, vengan o no a cuento. Y si no ocurre así, los espectadores se llaman a engaño.

—Pero no me negará que ser ganadero es hoy un buen negocio.

—Criar con habas al ganado no es negocio; en cambio, no hay por qué ocultar que, criarlo sin ellas, debe dejar un lucro más o menos respetable. Conviene recordar que cuantos se dedicaron en España a ser ganaderos por afición, no se hicieron ricos con sus vacadas. La selección escrupulosa, si bien tiene sus sacrificios, la gloria que se conquista luego y la demanda de corridas llegan a recompensar los esfuerzos del ganadero.

—Pero no me negará que ser ganadero es hoy un buen negocio.

—Criar con habas al ganado no es negocio; en cambio, no hay por qué ocultar que, criarlo sin ellas, debe dejar un lucro más o menos respetable. Conviene recordar que cuantos se dedicaron en España a ser ganaderos por afición, no se hicieron ricos con sus vacadas. La selección escrupulosa, si bien tiene sus sacrificios, la gloria que se conquista luego y la demanda de corridas llegan a recompensar los esfuerzos del ganadero.

••

Los invitados protestan porque les acapara a su gentil amiga. Arden en impaciencia de verla torear a pie, y casi a viva fuerza me obligan a interrumpir la charla.

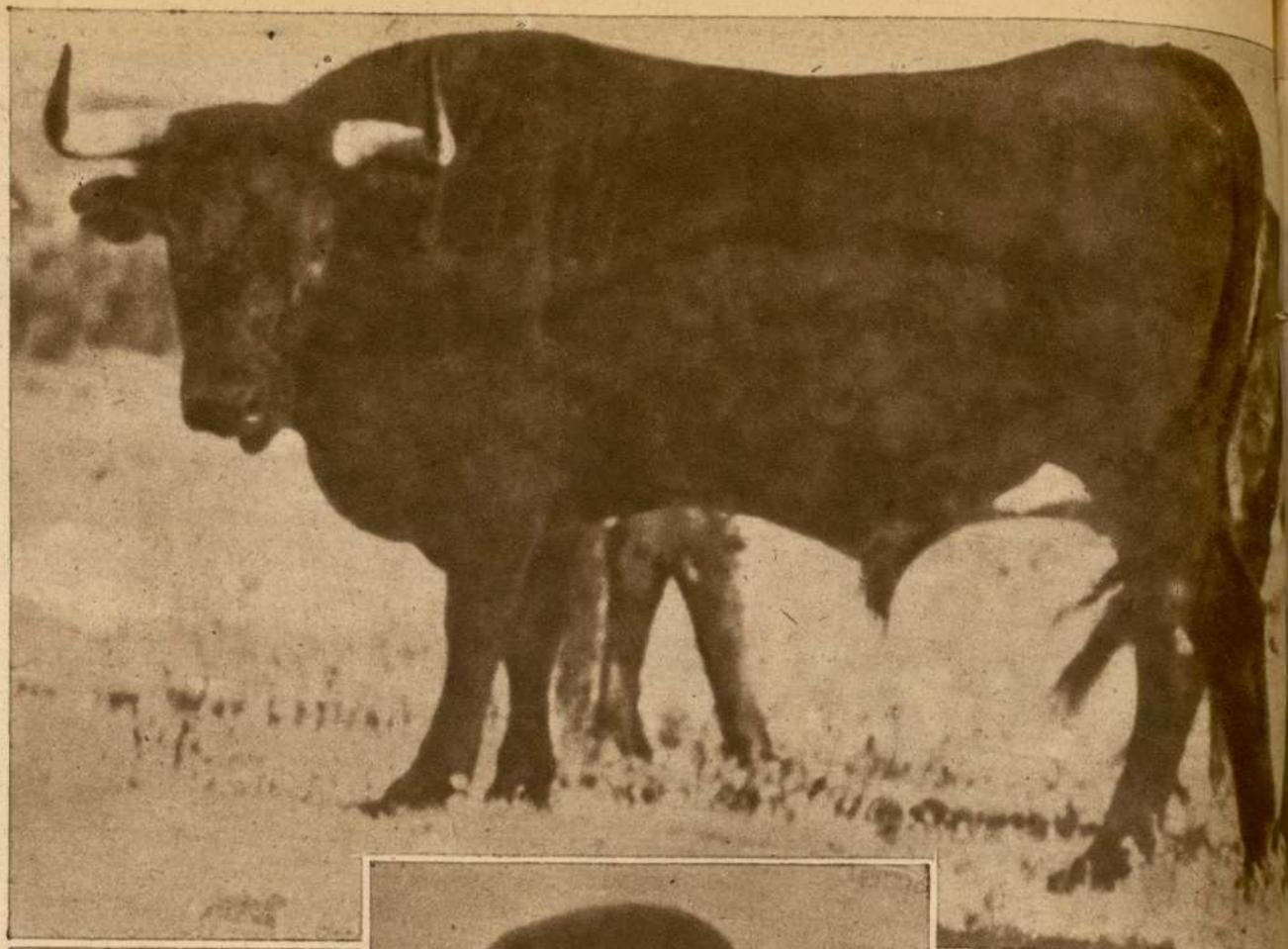
# LAS FERIAS SIN FAMA

Fué en la Plaza de Toros de Valdepeñas, hace poco más de un año. Una «gran corrida» de «cuatro hermosos y esgidos toros», que se corrían a nombre de don Pedro Hernández. Cuatro moruchos en verdad, grandes, gordos, viejos y bien armados. Algo así como para poner a prueba la maestría de los mejores diestros, no el valor o la necesidad de los más modestos e ignorados, como ocurrió aquella tarde de feria en Valdepeñas, como ocurre cada año por esas ferias innumerables de tantos pueblos de España, no recordados en el número extraordinario de EL RUEDO, que se celebran con su espectáculo taurino en plazas de carros y talarqueras.

Ocurrió en Valdepeñas, como pudo ocurrir en cualquiera otra parte. Y fué hace un año, como pudo ser hace veinte o como volverá a ser...

Frente a frente, un muchacho tenaz, voluntarioso, seguro de su valor y de su arte que sueña con la gloria, Pedro Mesas, Estudiante, y un hombre maduro que ya no cree en la gloria, pero que aun cree posible vivir de los toros, Moreno de San Bernardo.

Ha llovido torrencialmente una hora antes de empezar la corrida, y las autoridades han pensado en suspender el espectáculo; pero todas las localidades están vendidas, y la gente quiere ver en el ruedo esos cuatro pavos que ha visto por la mañana en los corrales. La consulta a los diestros no resuelve nada. Estudiante calla, porque sabe que Moreno de San Bernardo no está muy decidido y teme influir, como si presintiera que podía ocurrir algo grave. Ya por la mañana habían visto los toros los dos, y el de San Bernardo eligió los suyos, oponiéndose al sorteo reglamentario, so pretexto de que quería, a la usanza portuguesa, poner banderillas a *porta gayola*. Pedro Mesas no opuso resistencia, como poseído de un fatalismo supersticioso que escapaba a su razón.



Negro, alto de agujas, manso...

A medio vestir los trajes de luces los llevan en un coche a examinar el estado del ruedo. Falta media hora para la corrida, y están sacando el agua a cubos. Todos parecen inclinarse por una suspensión del festejo; pero una mano invisible ordena otra cosa; y a la hora anunciada las cuadrillas de Moreno de San Bernardo y Pedro Mesas, Estudiante, hacen el pase sobre una arena encharcada y...

Sale el primero, negro, alto de agujas, manso. Moreno de San Bernardo no lo espera con las banderillas a *porta gayola*, ni lo torea de capa, ni siquiera de muleta. Refugiado en un burladero intenta despegar de las tablas al morucho; acaso piensa en matarlo desde allí mismo; pero no le da tiempo a nada. Es la muerte quien lo busca a él y quien lo saca prendido por un muslo en un cuerno del morucho. Pedro Mesas, Es-



Un hombre maduro que ya no cree en la gloria...

tudiante, coge su muleta, y mientras Moreno de San Bernardo es llevado a la enfermería, se dispone a cumplir con su deber. La gente está asustada; las cuadrillas, también, y en el callejón las autoridades hablan nuevamente de suspender el festejo.

Pero la mano invisible que todo lo ordenó para la tragedia, se ha retirado ya y ahora es la voluntad y el honor de Pedro Mesas los que mandan. Aquel morucho y los tres moruchos gordos, viejos y

cornalones, que le siguieron, rodaron a sus pies fulminados por certeras estocadas, entre las clamorosas ovaciones de la gente, olvidada ya de que en la enfermería se le escapaba la vida, a torrentes de sangre, al desdichado Moreno de San Bernardo.

Mesas, a hombros por el ruedo y a hombros por las calles de la ciudad, escribió su hazaña en una feria sin fama y su gesto heroico no se tradujo en contratos.

¡Oh, la gloria torera!

Pero Pedro Mesas tiene fe en su valor y en su arte, y sonríe y calla ante el Destino, a cuyo rumbo no quiere oponerse.

El que ya no puede luchar contra el Destino ni abrigar ilusiones, es aquel pobre diestro, maduro y vigoroso que se llamó Moreno de San Bernardo, y se encontró una tarde con las astas huidas de aquel morucho en Valdepeñas...

JULIO FUERTES

## ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

## A PUNTA DE CAPOTE

# El picador MEMENTO

SE concibe ahora esta estampa pintoresca de "La Lidia", en que aparece un picador con una docena de naranjas volando en torno a su cabeza? ¡Qué más quisiera el picador y aun el empresario! No se concibe, no. Y si traigo a colación este recuerdo "histórico", no es por su valor en sí. Es porque me trae a la memoria la imagen de un amigo a quien quise de veras: el picador Memento.

El avisado lector se preguntará sin duda: "¿Es que Memento fué un picador tan malo que llegó a merecer tales caricias del público?" De ningún modo. Memento fué un valiente piquero en el noble y olvidado arte de los Charpas, Agujetas y Calderones. Como éstos y como el más pintado, tuvo sus buenas y malas tardes. Figuró en tanda en las cuadrillas más famosas de su tiempo, y sabe Dios que si asocio su imagen a la del picador molido a naranjazos, no es por juicio temerario mío, sino por palabras reveladoras del propio Memento.

Conocí al pintoresco varilarguero cuando fui a Barcelona, con ocasión del estreno de mi primera obra dramática: "La muralla". En el café del teatro Novedades, donde se reunían los cómicos, me presentó a él don Miguel Cepillo. La compañía de este gran actor representaba un drama en tres actos, original del propio Memento, titulado "Joaquina". Eramos, pues, compañeros.

Simpatizamos en el acto. Era Memento, por aquel entonces, un hastial fuerte y duro, como un marmolillo. Su cara, cuadrada, de recia mandíbula, y ojos pequeños, algo pitafiosos, respiraba franqueza y alegría. Su habla andaluza, cerradísima y masculina, era tajante, a la par que graciosa en la réplica. Y su mano, ¡su mano!, era un tórculo triturador de los dedos del confiado amigo que a ella entregaba la suya. Y no por estúpido alarde de fuerza, sino por espontáneo movimiento cordial.

—¿Quieres vé "Joaquina"?—me dijo, tuteándome desde el primer momento.

—Sí.

—Pues te daré una butaca.

Y yo, que no podía prescindir de un amigo, objeté:

—Es poco.

Y Memento:

—¿Pues qué quieres que te dé? ¿Un colapio?

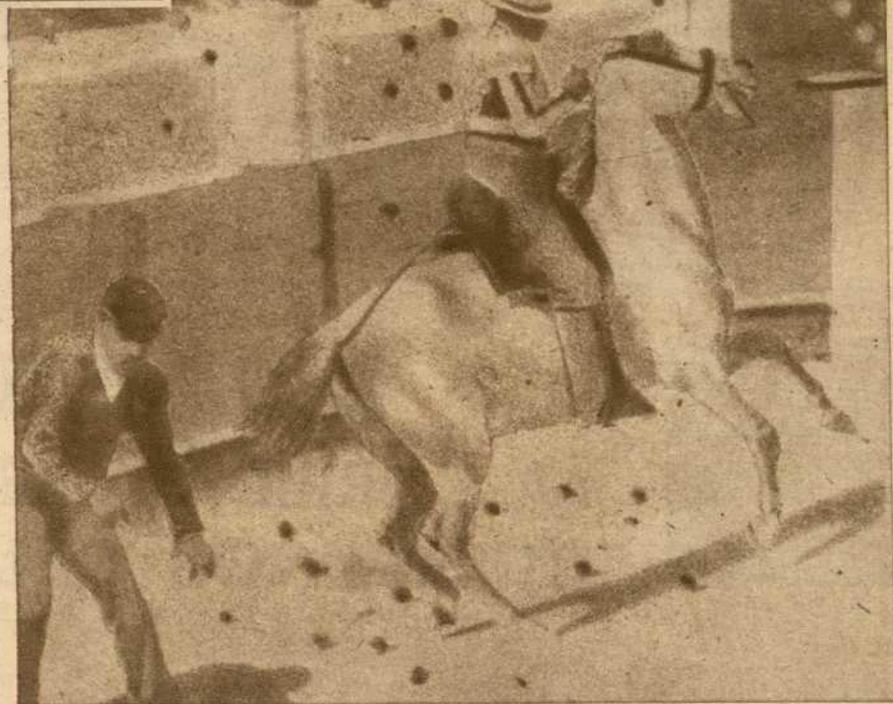
No fué sólo "Joaquina" su única obra de teatro; estrenó luego una comedia "o algo así", titulada "A real el kilo de vergüenza"; y más adelante, alguna otra, cuyo título no recuerdo.

"Desnúo como una llave"—como él decía—, luchó desde niño a brazo partido con la mala suerte. Era un chiquillo cuando

cantaba a coro los Oficios divinos en la Capilla Real de la Catedral de Granada. Sus paisanos, los de su clase y barrio, que oían su voz entre las otras voces del coro, interpretaron mal, no muy fuerte en liturgia, el sentido del canto, y vinieron a llamarle Memento, con tal obstinación, que Memento se le quedó para el resto de sus días. Su nombre era Antonio, y su apellido, Ramírez. Antonio Ramírez, Memento.

Ya hombre, le tentaron los toros, y apencó con el duro oficio de picador; pero tuvo la desgracia de recibir una cornada en la planta del pie derecho, que le dejó como reliquia una cojera, no muy marcada. Retirado de los toros, celebró una corrida en su beneficio en la Plaza de Toros de Barcelona. Entonces, ya radicado en la capital de Cataluña, fueron sus intenciones teatrales, momentó en que yo le conocí; pero hubo de fracasar, porque su ingenio vivo, mundo de cultura, no bastaba para tal empresa.

Y aquí, el ingenioso buscavidas se nos presenta en un nuevo sorprendente avatar. Ya no es picador ni comediógrafo: es agente de



Policía, a las órdenes del famoso Tre-sols. Pero no basta esta posición al inquieto ex picador de toros. Otro día, una nueva transformación nos le presenta cambiado en habilísimo agente comercial de las mejores marcas de vinos de Jerez. ¡Hay que ver el salero con que coloca a escritores, toreros y políticos cajas y más cajas del "Vino 68"! Luis de Tapiá, que lo encuentra, sin duda, poco añejo, le escribe esta cuarteta:

*Este vino tentador  
que tú, Memento, nos das,  
será un vino superior  
cuando tenga un año más.*

Sin embargo, de todos los avatares de su vida aventurera, tan pintoresca, el que dejó más agri dulce añoranza en su espíritu fué el de picador de toros. Tuve ocasión de comprobarlo siempre que le tocaba el tema. Una tarde de junio de 1899, el mismo mes en que nos conocimos, refrescábamos él y yo en la terraza del popular Petit Pelayo, de la rambla de las

Flores. Y de pronto, sin darme cuenta, como Don Quijote con las rubias bellotas entre los cabreros, mi euforia no tuvo otra salida y desahogo que un discurso ditirámico sobre la naranja con el consabido fruto en la mano.

"La naranja —decía— es como una esfera divina, como un globo terráqueo en miniatura, con sus meridianos perfectos, que son los gajos henchidos de pulpa dulce, sabrosa y fresca."

Aquí, Agapito Cuevas interrumpió mi entusiasmo lírico con una seña en dirección de Memento. El autor de "A real el kilo de vergüenza" me miraba en silencio, con expresión entre conternada y burlesca. Hubo una pausa. La rompió, al cabo, y me dijo con sinceridad conmovedora:

—¡Cómo se conoce que tú no has sido nunca picador de toros!— **FEDERICO OLIVER.**

# BLENOCOL

*Protege al hombre*

BLENOCOL  
es un producto registrado;  
rechace todo profiláctico  
que no lleve la marca  
BLENOCOL





Pepe Bienvenida torea al natural y le da al toro los terrenos de dentro



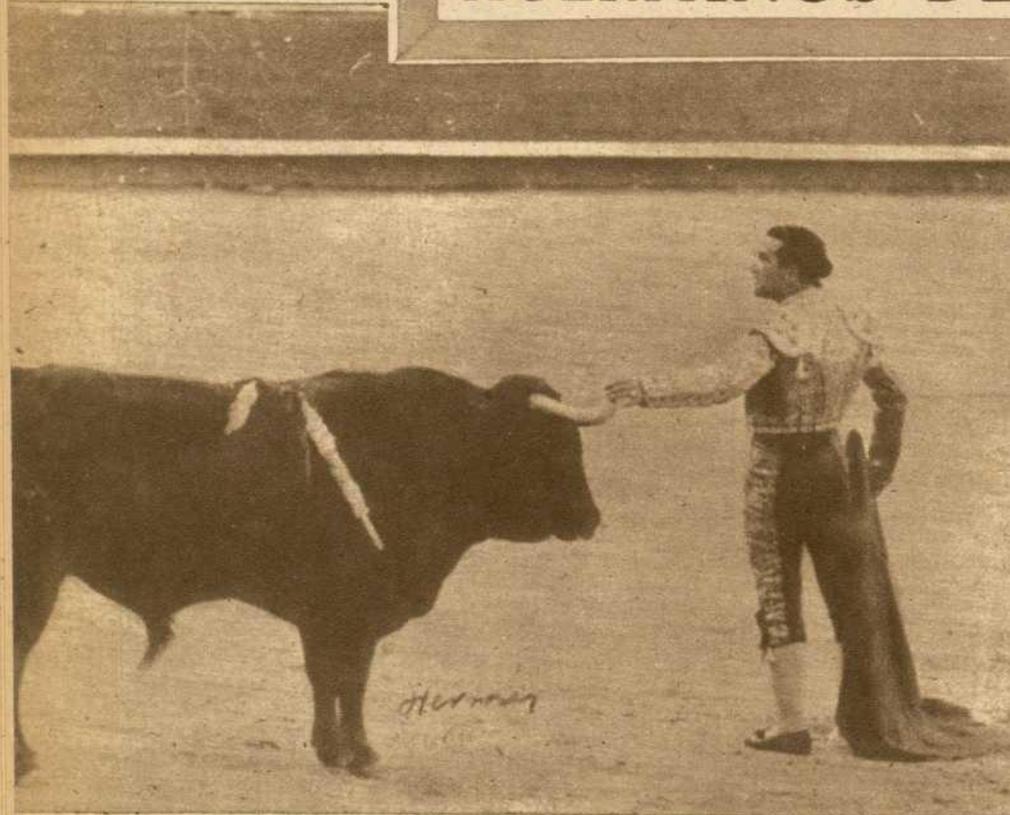
Un par de banderillas de Morenito de Talavera

Morenito de Talavera interrumpe la faena para adornarse tocándole el pitón a la res

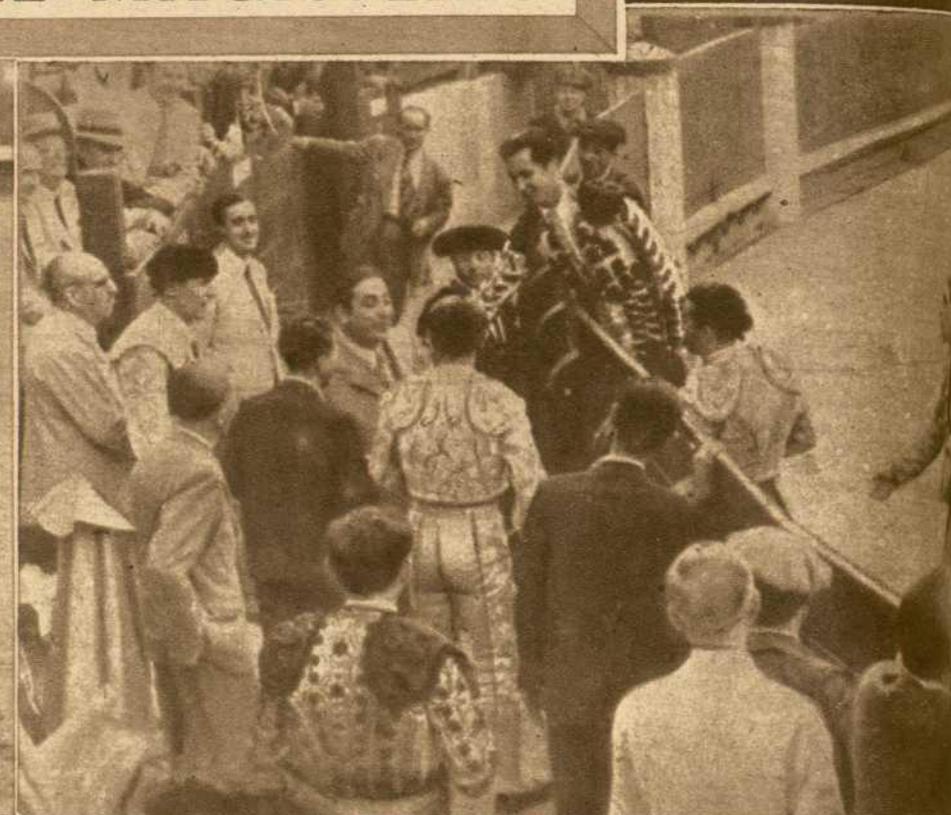
## EL JUEVES, EN MADRID

# LA CORRIDA A BENEFICIO DE LOS HUERFANOS DEL MAGISTERIO

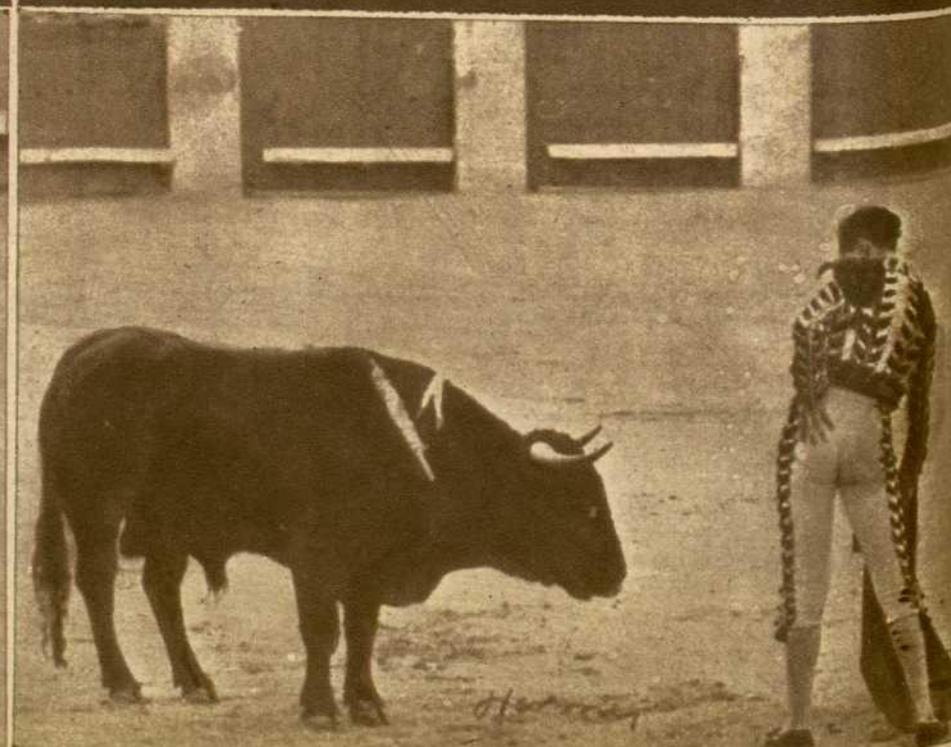
Los espadas que actuaron en la fiesta insisten con don Rogello para que salga a compartir los aplausos, pero el ganadero se resiste



Luis Miguel Dominguín le corre la mano al toro en un buen muletazo con la derecha



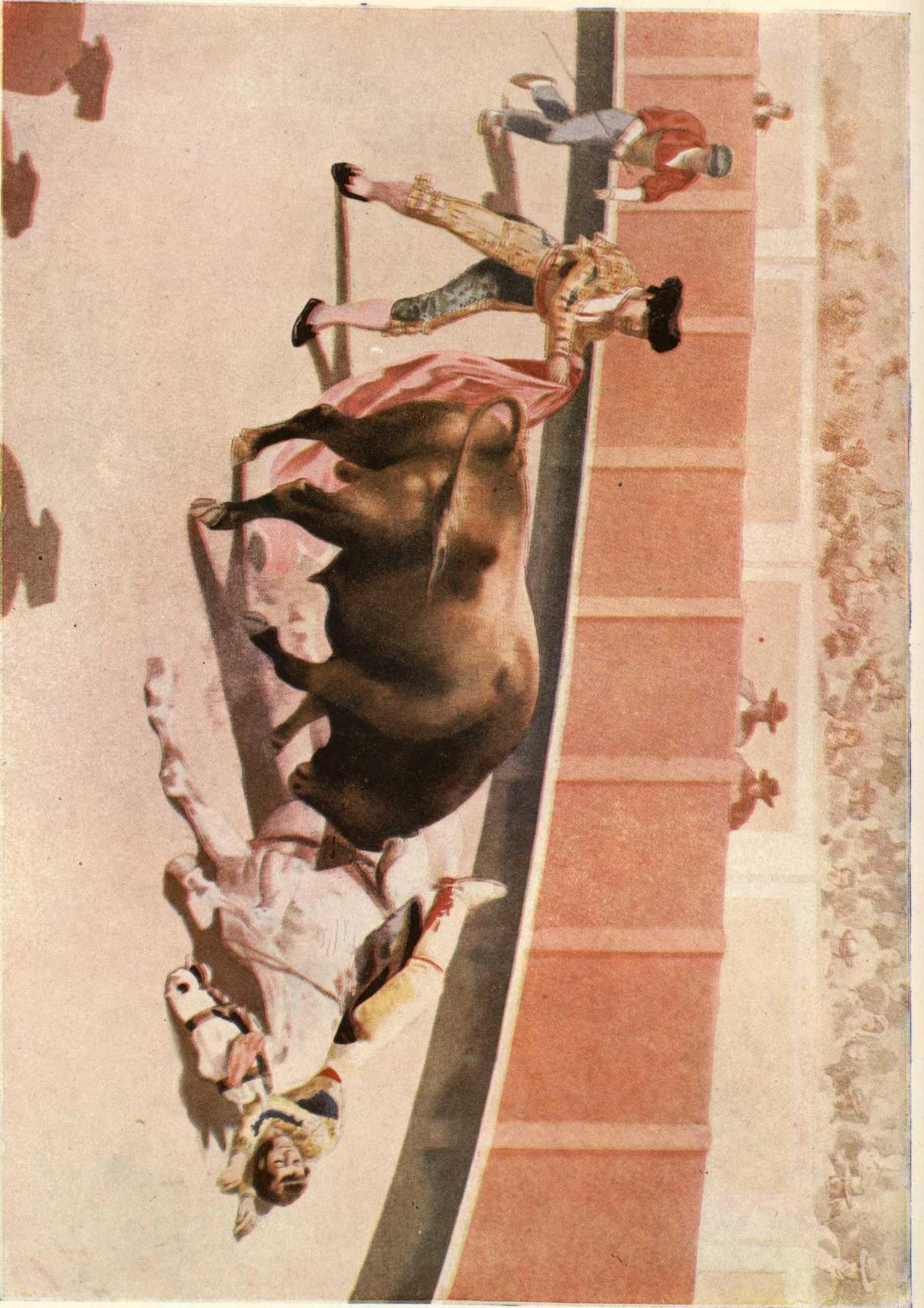
Luis Miguel porfiánzole la arrancada al de Villavieja de Yeltes, que llegó tarde y aplomado a la muleta (Fotos Hermes)





JAAVEDRA

Tentando una becerria



Caída del picador